

EL FABRICANTE DE RISAS

ILUSTRACIONES DE ANDRÉS JU



LLIAN

EDITORIAL ANDRÉS BELLO Barcelona • Buenos Aires •
México D.F. • Santiago de Chile



LOS TIRITONES DE BLU

Bla, Bli y Blu pertenecían a la gran tribu de la Gente Pequeña que vive bajo hierbas y matorrales en los bosques húmedos. Son invisibles a los ojos humanos; cuando campesinos o niños invaden los lugares secretos en que habitan, toman la forma de hongos o líquenes de esos que bordean los troncos de los árboles.

Una mañana, al caer la primera hoja en el gran Bosque, un escalofrío recorrió la espalda de Blu.

—No me digas que ya se acerca el otoño — tiritó.
Su compañera, la dulce y habladora Bla, protestó:

– No me digas que vas a quejarte por cada hoja que cae.
– ¡Ay! Cada hoja me da un pellizco en la espalda.
– ¡Qué manera de exagerar! Piensa en los brillos del verano, sus rayos pinchan gotas de rocío y saltan colores.

Bla habló largo rato contando los placeres del verano:

– Uno, el columpio del viento; dos, los baños en las pozas de agua; tres, las frutillas silvestres, cuatro...

Blu sonrió tres veces y fue como despedirse del sol.

– Ay, no sigas, es demasiado perder el cuatro durante el largo invierno.

Al ver la cara nublada de su esposo, Bla salió a dar un paseo.

– Visitaré a Bli – anunció abriendo la puerta de la casa calabaza en que vivían. Se alejó bajo las hierbas con pequeños "pasos de ganso", es decir, balanceándose de lado a lado y poniendo las manos sobre su cabeza. Cada vez que Blu empeza-



ba a quejarse, Bla salía a pasear dando "pasos de gansito" para echar a un lado penas y preocupaciones. Hasta los res-

fríos mejoraban con esta manera de caminar. De repente algo cruzó por delante de ella en el sendero: una sombra rápida que giró en seguida y agitó alas detrás suyo, ocultándose. Bla se dio vuelta con rapidez y sorprendió a Piti, el tordo de las cien melodías.

— ¡Ea,ea! ¿Por qué te escondes?

— ¡Ea, ea! Porque no quiero decirte adiós —replicó el pájaro haciendo vibrar sus plumas negras.

— ¡Ea, ea! ¿Acaso te vas de viaje?

— Cuando se acaban los frutos del verano, me voy al norte a picar algarrobas¹ y tamarugos*.

— Por favor, antes de irte, anda a cantarle a Blu, que se pone triste cuando se anuncia el invierno. Pero no le digas adiós, dile: ¡ea, ea, hasta otro día!

— ¿Y por qué no emigra, como yo, que voy detrás del sol?

— Es buena idea, pero tampoco le gusta viajar. Ea, te regalaré la mitad de mi cosecha de maíz si durante una semana vas a cantar junto a mi casa calabaza.

— Es mucho tiempo; si Blu se acostumbra a mis cantos, después me echará de menos y se pondrá más triste. No me gustan las despedidas.

— Tienes razón, a mí tampoco. Voy donde el anciano Bli, a ver si me da un remedio para Blu.

— ¡Ea, ea! — gritaron al mismo tiempo, y ese fue su adiós. El tordo dejó un rastro de melodías tras él. Bla ya no siguió dando pasos de ganso, porque la música alivió sus preocupaciones.

¹ Las palabras que, a lo largo de esta historia, se señalan con asterisco, aparecen definidas en el glosario que se incluye en las últimas páginas.

El mago Bli vivía al otro extremo del bosque, en una pequeña cabaña de hojas secas. Era muy anciano; usaba un gorro puntiagudo y, al caminar, se pisaba la blanquísima barba con sus babuchas puntudas. Bla oyó sus risas desde lejos. Al acercarse, vio que Bli echaba risas de distinto colorido en pequeños frascos de cristal: rosadas, de primavera; rojas, de verano; amarillas, de otoño, y azules, de invierno.

Por cierto, sonaban de manera muy diferente:

Tin-tin-tin, las rosadas; *jo-jo-jo*, las rojas, *cra-cra-cra*, las amarillas; y *tiri-tiri-tiri*, las tiriritonas azules.

— ¡Ea, ea! — saludó Bla, riendo al contagiarse con las risas que embotellaba Bli.

— ¡Ea, ea! — contestó el anciano Bli entre carcajadas, y explicó —: Estoy en plena tarea, fabricando mis conservas.

— Ya lo veo y lo oigo. Las risas son tus mermeladas — gritó Bla sin parar de reír.

— ¿A qué se debe tu visita?

— Busco un remedio para Blu. Le ha vuelto su pena de otoño.

— Malo, malo. ¿Qué remedio te di el año pasado?

— Le llevé un frasco azul con risas invernales. Le hizo bien durante un tiempo, pero este año la enfermedad le volvió con más fuerza. Le duele cada hoja que cae.

— Mmm... Tendremos que probar con un frasco rosado, entonces. Veremos si las risas primaverales lo sanan de una vez.

— ¿No sería bueno mezclar todas las risas en un solo frasco?

—Podría ser peligroso, hasta podría morir de risa con un remedio tan fuerte.

—Tú eres el que sabe. Haz la mezcla que creas conveniente, porque cada año Blu está peor.

Bli se puso a pensar, riendo bajito, mientras mezclaba sonrisas de primavera con carcajadas otoñales. De pronto se quedó en silencio, lo que significaba que había descubierto algo diferente: una risa que aún no había embotellado. Miró a su alrededor como buscando el material de una nueva alegría y murmuró algo así como "espero que aún estemos a tiempo". En seguida, dejando frascos y vasijas, echó a correr hacia lo más espeso del bosque. Todo sucedió tan rápido, que Bla se quedó con la boca abierta. Pasó mucho rato; Bla cerró poco a poco la boca... Sólo se escuchaban las burbujas de los frascos que Bli aún no había tapado. Cansada, Bla se sentó en un piso de tres patas junto a la pequeña cabaña de hojas secas, y se durmió. En el sueño vio a Bli rodeado de miles de mariposas que dejaban caer sobre la cabeza y el traje del anciano, una nube del brillo dorado de sus alas.

Empezaba a oscurecer cuando Bla despertó al sentir unas risas como cosquillas en los oídos. Delante de ella, Bli alzaba un frasco lleno de chispas doradas.

—Descubrí la gran solución: ¡el sueño de las mariposas!

—Yo también tuve ese sueño mientras te esperaba —exclamó Bla, brincando.

—Quiere decir que estamos conectados —rió Bli—. Le darás a Blu una cucha- radita en la mañana y otra en la noche, así se convertirá en crisálida y no despertará hasta la primavera.

—¿Qué quieres decir? Mi sueño no llegaba a tanto...

– Quiero decir que con este filtro de alas de mariposa, Blu se convertirá en mariposa.

– Pero... ¡No quiero que se convierta en mariposa! Blu me gusta tal como es, con sus ojos redondos, su nariz puntuda y su boca grande.

– No veo otra manera de que tu marido vuelva a ser alegre. Hay personas que no resisten los días oscuros, y una de esas es Blu. Creo que la solución para él es dormir todo el invierno, como hacen las mariposas, y despertar en primavera convertido en una alegre y hermosa criatura.

– Pero no para mí – alegó Bla muy molesta, alejándose por donde había venido. Esta vez iba golpeando el suelo con sus pequeños zuecos de madera de nuez.

Bli se encogió de hombros y guardó el brillante frasco en su alacena.

– ¿A quién le servirán estas risas? ¡A sapos y arañas!
– reflexionó.

Se divirtió imaginando las anchas bocas de los sapos y los ocho ojos de las arañas; entonces, para no desvelarse, se comió un trozo de nuez, bebió un poco de néctar azucarado y se acostó en seguida en su crujidora cama de hojas de maíz.

Bla llegó de noche a su casa calabaza y encontró a Blu debajo de la cama, tiritando.

– ¿Qué te pasa ahora? – preguntó con tono preocupado.

– ¿Me traes algún remedio, Bla?

– No. Bli inventó un remedio absurdo: convertirte en mariposa para que duermas todo el invierno en forma de crisálida.

– No me importa convertirme en mariposa, con tal de no tener esta pena tiritona.

– ¿No te das cuenta de que te quiero como eres? Mira, estoy segura de que Bli te va a preparar una medicina adecuada, como buen amigo nuestro que es.

– Así lo espero. Mientras estabas ausente, se asomó por la puerta una enorme sombra que casi me devoró con sus ojos vacíos.

– Uy, debe haber sido Piti, el tordo, que venía a cantarte su más bella melodía, la que entona en primavera.

– Lo siento, sólo escuché un espantoso crujido como de mil hojas secas pisadas por un gigante.

– No pones atención a lo bello y agradable. Todo se vuelve terrible para ti. Ea, ea, vamos a dormir; estoy cansada y la noche es un gran consuelo para los que están afligidos.

Apenas pusieron las cabezas en sus almohadas de musgo, se durmieron hasta el otro día.

En su pequeña cabaña de hojas secas Bli dormía también, arrullado por las burbujas de las risas embotelladas y por el crujir de hojas de su cama. Ninguna preocupación arrugaba su sueño. Despertó sobresaltado, con el primer rayo de sol que cayó precisamente sobre su cabeza.

– ¿Qué pasa? – exclamó al abrir los ojos y encontrarse ciego con la fuerte luz que lo alumbraba.

Pero como la luz es silenciosa, contestó corriéndose sobre la almohada como un abanico dorado. Al verla, Bli se golpeó la frente con ambas manos dando un grito de felicidad:

— ¡Ya tengo el remedio para Blu! De un salto atrapó el abanico luminoso y lo metió en un frasco, el más pequeño, que aún tenía vacío. Imposible imaginar cómo brilló el interior de la cabaña y se calentó el aire igual que con una estufa. Dando alegres saltos, Bli corrió por el sendero del bosque hacia la casa calabaza de Blu y Bla. Llevaba el frasco en sus manos y a su paso se iluminaban los rincones donde aún reinaba la oscuridad: sapos y cucarachas abrían ojos sobresaltados. No tardó en perseguirlo una nube de mosquitos, mariposas y otros insectos aficionados a la luz. Una fiesta de aleteos y zumbidos llegó junto con él a la casa calabaza donde todavía dormían Blu y Bla. Golpeó con impaciencia. Bla se sentó en la cama y Blu se metió hasta el fondo del capullo en que dormía.

— ¿Qué pasa? ¿Quién llama tan temprano? —gritó ella, tratando de ponerse su capa roja con puntos blancos.

— ¡Ea, ea, soy yo! ¿Puedo entrar? —gritó Bli a su vez, empujando la puerta sin esperar contestación.

Bla chilló de sorpresa al ver que su casa calabaza se iluminaba entera. Blu se asomó un poco y al ver tanto brillo, lanzó una risa nerviosa. Pronto los tres reían sin parar, bailando en torno al pequeño frasco de luz.

— Ya no sentirás penas negras, porque en tu casa calabaza habrá siempre verano —rió Bli.

— Gracias, gracias, amigo —gritaron Blu y Bla, sin dejar de bailar.

Bli regresó a su cabaña de hojas secas con el corazón repleto de felicidad, porque no hay alegría más grande que la de ayudar a un amigo.

Sin embargo, pronto surgió un inconveniente: ahora Blu no se atrevía a salir de su casa. Afuera estaban siempre las sombras invernales, los crujidos de las hojas, el llanto de la lluvia. A los pocos días, Bla notó que algo le pasaba a Blu, a pesar del aire tibio, dentro de la casa calabaza y del frasco que daba chorros de sol.

—¿Qué te sucede? —preguntó con inquietud.

—¿Qué haré para salir contigo a pasear por el gran Bosque? Afuera están siempre las sombras y el llanto de la lluvia —gimió.

Bla se quedó un buen rato muda, hasta que le empezó a funcionar de nuevo la cabeza. Lanzó un largo ¡oooh! y luego un ¡aaah!

—Para salir, llevaremos el frasco entre los dos, así alumbraremos los caminos y todo será igual que en verano —rió Bla, feliz con su ocurrencia.

No se dio cuenta de que ella misma se había iluminado para dar luz al corazón temeroso de su amado Blu.

El comienzo fue difícil; a Blu le costó mucho decidirse a salir, temiendo que el frasco se apagara; pero Bla habló tanto y su cara brilló de tal manera, que una tarde salieron los dos, aprovechando que no llovía. Por cierto, acarreaban el frasco en un pequeño carretón y ambos se turnaban arrastrándolo. Brilló el sendero y lo que había alrededor; los rincones más oscuros mostraron su inocente secreto: plantas, hongos, sapos, caracoles, arañas que tejían tranquilas, en fin, la vida oculta del gran Bosque.

Blu se dio cuenta de que las sombras no eran sino la espalda de la luz: en ella habitaban otros seres diferentes que necesitaban las sombras y la lluvia para vivir, y eran amistosos igual que ellos. Se transformaron en los amigos de la oscuridad y llegó un día en que Blu pudo salir sin acarrear el frasco luminoso, incluso sin la compañía de Bla.

Entonces celebraron una fiesta en la casa calabaza a la que asistieron personajes de la sombra y de la luz; por cierto, había lugares adecuados para todos, lo mismo que variados manjares. Entre los invitados, se paseaba Bli, pisándose la barba y regalando a cada uno la risa que mejor le venía.

EL SOCIO DE BLI

Bli, del pueblo de la Gente Pequeña, hacía tres semanas que no salía de su cabaña de hojas secas. Sus frascos repletos de risas gorgoreaban en la alacena, pero él no los oía. Una gran preocupación llenaba de ruido su cabeza.

—Nadie viene a buscar risas. Pasó el invierno, ha llegado la primavera y las mariposas, molestas porque usé el polvo de oro de sus alas para hacer reír a sapos y arañas, no han venido ni siquiera a buscar sonrisas. Tampoco Blu necesita alegría desde que sanó de su tristeza invernal. Con el buen tiempo nadie parece necesitar risas. No puedo fabricar otras porque ya no tengo dónde poner frascos.

Bli lanzó un suspiro de aburrimiento, como los de un artista que pierde la inspiración y continuó recostado en su colchón de hojas de choclo. Una sombra saltarina atravesó frente a su ventana, pero Bli no se movió, pensando que era un pájaro. A la quinta vez que la vio pasar, Bli levantó la cabeza y gritó:

— ¿Quién anda por ahí?

Silencio. Bli se recostó de nuevo. Pero entonces un ruido de pies que zapateaban al lado afuera lo hizo levantarse y mirar. Alcanzó a divisar una delgada sombra que se ocultó detrás de una hoja.

— Ya te vi, sal de atrás de la hoja.

La delgada sombra se convirtió en un muchacho flaco, también del pueblo de la Gente Pequeña. Una sonrisa alegre y tímida, y una reverencia conquistaron a Bli de inmediato.

– Bien educado y alegre; esa es una buena presentación. ¿Qué aire te trajo por aquí?

– El Duende del Roble, ese que llaman Cara de Palo, me dijo que usted podía darme trabajo...

– ¿Qué trabajo puedo darte ahora, si yo mismo no tengo nada que hacer? Nadie se interesa por mis risas.

– Yo vendía piñones y avellanas calientes y...

– Jaja, jiji – rió Bli –, ¿qué tienen que ver piñones y avellanas con mis risas?

– El Duende del Roble, que todo lo sabe, me dijo que yo podía salir a vender risas, porque los piñones y avellanas calientes sólo se venden con tiempo frío. Tengo un buque pequeño con ruedas y puedo ofrecer frascos en el Club de los Gatos Viejos.

Bli no paraba de reír oyendo lo que proponía el muchacho. Por fin dijo:

– Antes de negociar, por lo menos dime cómo te llamas.

– Me llamo Arien porque soy pariente del aire.

– Muy bien, venderemos risas en el Club de los Gatos Viejos, que están en el puro pellejo; también a la bruja Tina, que se encarga de criar a los pequeños elfos que abandonan las hadas en el bosque.

– Pero no sé dónde vive esa señora.

– Muy fácil. Su dirección es la siguiente: raíz de la patagua*, junto al arroyo del bosque.

– ¿No es peligrosa esa señora?

– Cualquier negocio encierra peligros. ¿Hacemos un trato entonces?

– Sí, claro, señor Bli, pero no respondo si doña Tina rompe un frasco o no quiere pagar.

– Mmm, a propósito de pago, a esa señora sólo le cobraré uno de los pequeños elfos – rió Bli.

– ¿Cómo? ¿Acaso ella paga con los elfos que cuida?

– Oh, no, me lo prestará por unas noches, cuando me sienta solo. Eso sí, yo mismo iré a elegirlo, porque hay elfos que no son buena compañía.

Así quedó convenido. Arien partió a la carrera con varias botellas bajo el brazo, abriendo senderos entre el pasto crecido.

– Veo que el muchacho es ágil y buen vendedor, porque me convenció rápido – gorgoteó Bli volviendo a su colchón crujiente.

Su ánimo había cambiado, así que apenas se recostó, se levantó de un salto; una idea nueva le hacía cosquillas en la cabeza.

– Fabricaré risas dulces y encantadoras para los elfos abandonados; si alguno tiene mal carácter, una sonrisa de primavera hará que mejore.

Las tribus de la Pequeña Gente se llevaban bien con el Reino de las Hadas. En tiempos antiguos se habían producido terribles guerras entre ellos y quedaban ciertos resquemores; algunas hadas, las de los espinos, solían andar por el bosque con un bolso bien provisto de espinas, pero sólo era la vieja costumbre de ir armadas como si fueran rosas.

Mientras Bli se entretenía inventando, Arien atravesó medio bosque para buscar su buque con ruedas y poner ahí los frascos. Pensaba dirigirse primero al Club de los Gatos Viejos, y conocer de paso el lugar donde vivía la bruja. Pero no contaba con las sorpresas del camino. Partió contento, como todo el que consigue un buen trabajo; empujando su carrito, se metió por un sendero y sin saber cómo se encontró al poco rato caminando junto al arroyo del bosque. Al pasar cerca de un roble, vio que su tronco estaba cubierto por unos pequeños hongos color naranja.

— ¡Qué delicia! ¡Los dihueñes* son mi alimento preferido!
— gritó.

Se acercó al árbol de un salto, pero no alcanzó a tocar los hongos: una bandada de choroyes* cayó del cielo, colgándose de las ramas con su acostumbrado bullicio.

— ¡A un lado, a un lado! — chillaban, picoteando los hongos.

Arien pudo sacar sólo uno y cuando iba a echárselo a la boca, un grupo de furiosos choroyes se lanzó sobre él; los esquivó de un salto, pero los pájaros cayeron sobre su carrito y lo dieron vuelta. Lo malo fue que uno de los frascos se rompió, echando al aire unas locas y largas risas destinadas a los Gatos Viejos. Arien se tapó rápidamente nariz y boca; pero los loros aspiraron todo el contenido del frasco y las bocanadas de felicidad los obligaron a elevarse sobre el bosque, lanzando interminables y extrañas carcajadas. Al ver partir a ese grupo, el resto de la bandada lo siguió, porque los choroyes se distinguen por la hermandad: si uno cae herido por el cazador, todos acuden a socorrerlo y sucede lo mismo si uno de ellos se eleva, alejándose. Arien enderezó su

carro y se apresuró a recoger los vidrios del frasco roto para no provocar un incendio en el bosque. Como los dihueños seguían tentándole, se llenó los bolsillos con una buena provisión.

Continuó su camino en busca del Club de los Gatos Viejos, alejándose del arroyo por una angosta huella donde el carrito se enredaba entre matorrales y raíces. Llegó por fin a una cabaña abandonada: ¡era el famoso Club! No tenía puertas ni ventanas, sólo agujeros y clavos, y el techo estaba cayéndose hacia un lado; pero a los gatos



ancianos les servía de refugio nocturno y de protección por si llovía.

— ¡Vendo risas, buenas risas! ¡Risas y sonrisas que alegran los corazones cansados! — gritó Arien varias veces con entusiasmo.

Ya perdía la esperanza de hacer negocio, cuando por un hueco se asomó un gato negro algo pelado, con una oreja rota, que lo miró con desconfianza. Antes de empezar a

conversar, se sentó sobre su cola y se lamió los costados con indiferencia.

Sin impacientarse, Arien tomó la botella más pequeña y la agitó para que el cliente oyera los gli-gli que sonaban dentro. Sabía que los gatos son los animales más curiosos y que no tardaría en despertar el interés del que tenía al frente. Así fue. Con lentitud, sacudiendo cada pata como si temiera ensuciarse, el felino se acercó a la botella, rozándola apenas con los bigotes.

—Son risas frescas de ratón de campo —explicó Arien—. Al beberías, se siente el buen gusto de tu plato favorito.

—¿De dónde las traes? —maulló por fin el desconfiado animal.

—De la fábrica del señor Bli, el anciano que tiene las mejores risas embotelladas del bosque.

—Ah, sí, conozco las magias del señor Bli. Pero no me gustan las comidas envasada s; prefiero un verdadero ratón; hace tiempo que no cazo ninguno —gruñó el gato.

—¿No se te ocurre que abriendo este frasco con risas de ratón, al oírlas, alguno se engañe y caiga en tu hocico sin mayor trabajo?

—¿Crees que eso es posible?

—Lo creo y lo aseguro —saltó Arien—, este es el mismo sistema que usan los humanos para cazar patos y aves de cualquier clase.

Al ruido de la conversación aparecieron otros gatos, atraídos por la novedad de que alguien pasara junto a la cabaña. Uno de ellos, que parecía un jefe venido a menos, pero jefe al fin, se adelantó lanzando un maullido militar:

—¿Cuál es el precio y la garantía?

– El precio es que ustedes se hagan clientes del señor Bli, para que él pueda seguir inventando risas cada vez más efectivas. Y la garantía, es la antigüedad y seriedad del anciano Bli.

Los gatos se reunieron en un aparte y decidieron probar antes de comprometerse.

– Muy bien, les dejaré esta botella de muestra y pasaré la próxima semana para ver si les resultó la cacería.

Hacía rato que Arien tenía una pregunta atravesada:

– ¿Podrían decirme dónde está la raíz de la patagua en que vive la bruja Tina? – dijo con un suspiro de alivio.

– ¡No sabemos, no sabemos! – maullaron todos a la vez, huyendo como si les hubiera nombrado al perro.

– Pero ¿qué les pasa?

No había nadie para contestarle. Arien se devolvió con su carrito por el áspero sendero.

– ¿Qué pasará con esa bruja, que los gatos se asustaron de ese modo? – se preguntó al tomar su camino.

Desde un árbol le contestó Piti, el tordo, que entonaba sus canciones del atardecer:

– Ésta no es buena hora para acercarse a la raíz de la patagua; vuelve otro día.

– ¿Cuál es la mejor hora?

– No lo sé, no lo sé, pero ésta no es entonó el tordo, volando a otra rama.

– No me queda más que regresar donde el señor Bli. Por lo menos, creo que los gatos serán buenos clientes.

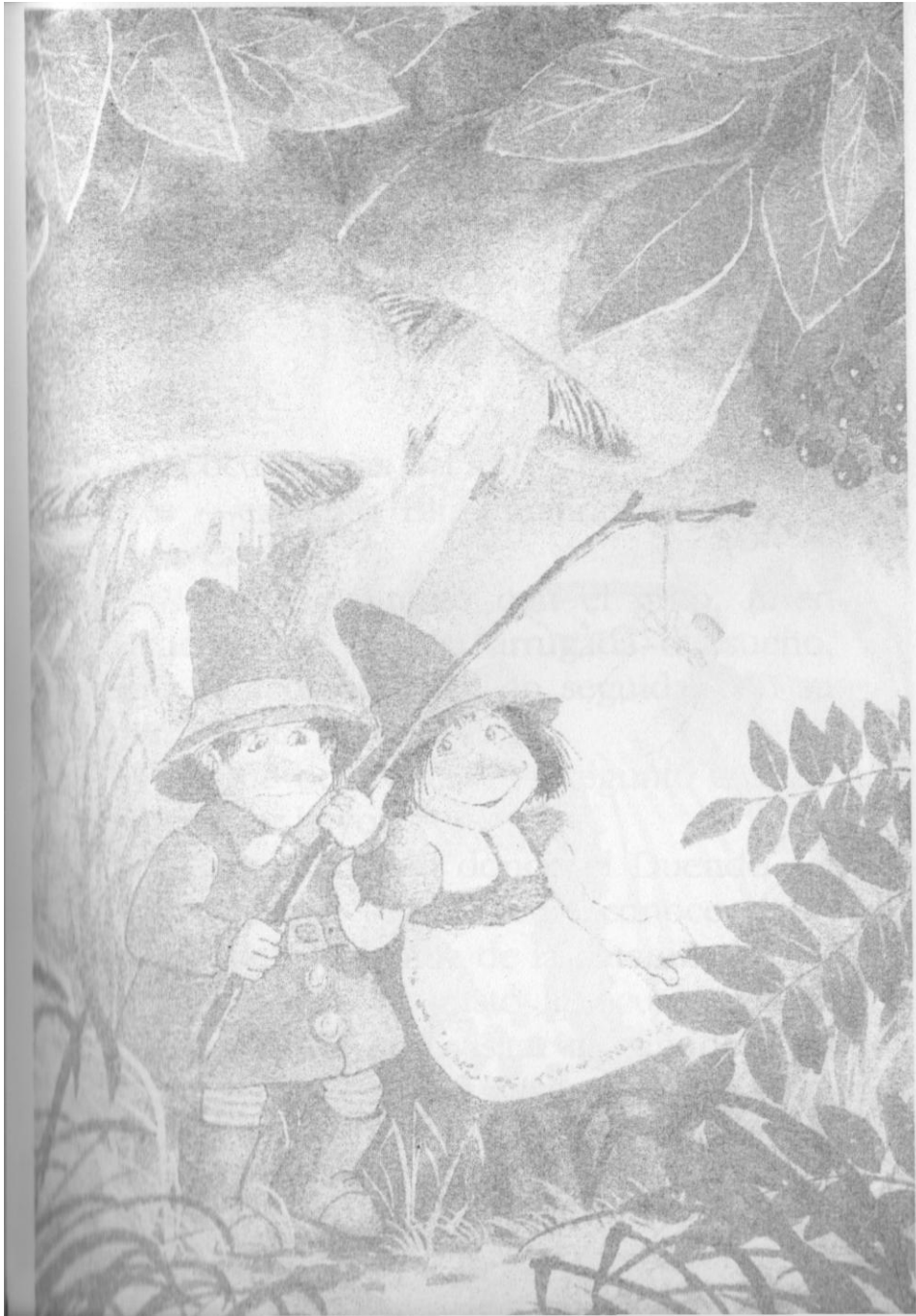
Por el camino de vuelta, dejó otra muestra en la tela rota de una Araña que vivía en la pobreza.

–¿Qué es esto? –chilló la patuda al encontrar una botellita de cristal colgando de un hilo, en vez de una buena presa. Pronto lo supo: al sorber el contenido de la muestra, la estremecieron sabrosos zumbidos de moscardones que la emborracharon de felicidad.

El anciano Bli quedó conforme con el trabajo de Arien.

–Es un buen comienzo. Confirmando el contrato de trabajo y espero que dure muchos años –sonrió el fabricante de risas.

Esa noche ambos comieron una exquisita cena de dihueños. Se durmieron temprano, para comenzar al otro día, a buena hora, la búsqueda de la raíz de la patagua.





EL VENDEDOR DE SONRISAS DE AZÚCAR

—Las ocurrencias del amanecer son las mejores —exclamó Bli, saltando de su crujiente cama.

No muy contento con el grito, Arien despertó con la cara arrugada de sueño, pero se acomodó casi en seguida, con su buen humor de siempre.

—¿Qué ocurrencia? —preguntó cuando pudo sacar la voz.

—Irás de nuevo donde el Duende del Roble, porque seguramente conoce el lugar donde está la raíz de la patagua.

A Arien no le gustó la ocurrencia no sólo por tener que visitar al ceñudo Cara de Palo, sino porque después de la visita el Club de los Gatos Viejos sentía aún más desconfianza de ir a casa de Tina.

—Creo que lo pasaremos mal donde la bruja, señor Bli. Ya le conté que al nombrarla, los Gatos Viejos se asustaron tanto que se escondieron.

—Hay que ver para creer, hijo. Esos gatos timoratos no son de fiar. Anda donde el Duende del Roble y llévale de regalo una botella de risas de azúcar. ¡Es tan seriote, que por eso lo llaman Cara de Palo! No es bueno para su anciano corazón.

Arien hizo caso a pesar de sus pocas ganas; para él era imposible desatender las súplicas de Bli. Cargó su buque de frascos y partió hacia lo profundo del bosque donde vivía el Duende del Roble. Con su voz de flautín entonaba:

¡Cambio, cambio risas por lo que quieran dar, risas olorosas para todo mal!

No faltaron clientes curiosos: un Sapo **cambió** risas fruncidas por un guijarro y una Mariposa eligió sonrisas olor a miel a cambio de un miligramo de finas escamas de sus alas.

Al acercarse al tronco hueco donde vivía el Duende del Roble, Arien encontró pequeños atados de leña y canastos tejidos llenos de avellanas y raíces dulces.

–El Duende no pierde tiempo; ya se está preparando para la escasez invernal – murmuró el vendedor de risas.

Al poco rato se encontró frente al anciano, ocupado en tejer un nuevo traje y alpargatas con tallos de enredaderas.

– Buenos días, señor del Roble. Gracias a su consejo tengo trabajo – saludó amablemente Arien.

– Mmm, buenos días.

– Mi respetado socio, el señor Bli, le manda una muestra de risas de azúcar.

– Mm, gracias.

– ¿Sería usted tan amable, que me dijera dónde se encuentra la raíz de la pata- gua?...



—M.

—El señor Bli quiere cambiar sus risas por un pequeño elfo...

—¡Disparate!

■ — ^Pero señor del Roble, el señor Bli está dispuesto a...

—¡Ser apaleado! —gritó el Duende con súbita furia tirando el tejido al suelo.

—Discúlpeme por molestarlo. Aquí está la sonrisa que le manda...

. —M.

El señor del Roble tomó la botella de manos de Arien y se la bebió de un sorbo. Fue extraño el rápido cambio de su expresión, como si se hubiera sacado la máscara de palo y apareciera el rostro de un viejecito sonriente y amable.

—¿El señor Bli quiere saber dónde vive Tina? Bien, ella vive a cuarenta pasos de aquí. Parece que él ignora las molestias que esa señora me causa con su cría de elfos. Le aconsejo no acercarse a ella. Buenas tardes.

El Duende dio por terminada la audiencia y tomó de nuevo el tejido que había tirado al suelo. Arien se alejó rápidamente, antes de que al señor del Roble se le pasara el efecto de la sonrisa de azúcar. Regresó donde Bli todavía más preocupado que antes. Cuando contó a su socio la conversación y el consejo del Duende, Bli se echó a reír a carcajadas.

– Bueno, ya sabemos donde vive Tina; has cumplido tu misión, querido muchacho. No tengas miedo, iremos bien preparados.

Mostró a Arien una hilera de preciosas botellas de todos colores.

– Trabajé desde que te fuiste y creo que mañana, con la primera luz del día, iremos a visitar a doña Tina. Se ha hecho un poco tarde y la oscuridad se presta para trampas y engaños.

Esa noche Arien soñó todo lo que les ocurriría al día siguiente.

LOS PEQUEÑOS ELFOS

De nada le sirvieron los sueños a Arien, porque apenas abrió los ojos, se le olvidaron. Le quedó una vaga incomodidad, un presentimiento de algo peligroso. Echaron al barco botellitas de todos colores y, luego de tomar desayuno, partieron hacia el lugar que les había indicado el Duende del Roble.

– A cuarenta pasos y a orillas del arroyo que pasa por el centro del bosque... Vamos bien encaminados – comentó Bli alegremente.

A medida que se acercaban al lugar donde vivía Tina, Arien encontraba mayor dificultad para empujar el barco; raíces, piedras, malezas se enredaban en las ruedas y había que detenerse para retirar los obstáculos.

– Parece que alguien no quiere que sigamos adelante, señor Bli – gimió el muchacho, tratando de tirar una larga rama llena de espinas que se enroscaba en las ruedas delanteras.

– Paciencia, hijo, mucha paciencia – alcanzó a decir Bli antes de caer de boca al tropezar con una piedra.

Llegó un momento en que el barco no pudo avanzar más.

– No te preocupes, Arien, seguiremos sin el barco. Lo importante es llegar a la raíz de la patagua.

Cubrieron el carro con hojas para que a nadie le diera un ataque de risa sin remedio si se tentaba a probar el contenido de las botellas, y continuaron su camino. Empezaron a encontrar toda clase de cosas entre las hierbas.

– ¡Señor Bli, mire, qué silla tan pequeña! Pero le falta una pata – exclamó Arien, levantando del suelo una miniatura en la que ninguno de ellos podía sentarse, a pesar de pertenecer a la tribu de la Pequeña Gente.

– Mm, esto me da qué pensar sobre el tamaño que tendrán los elfos – murmuró Bli.

Unas risas agudas sonaron entre la hojarasca y una especie de ligero viento hizo volar alrededor de ellos una nube de polvo y ramillas. Arien, bastante asustado, se aproximó a Bli.

– Vaya, qué buen recibimiento – rió Bli dando palmadas con un entusiasmo incomprensible para Arien.

Más allá, encontraron otras prendas igualmente diminutas: zuecos, pantalones y gorros de todos colores que colgaban de las hierbas como si alguien se hubiera entretenido disparándolas en todas direcciones. De pronto apareció una pequeña mujer vestida de morado, dando fuertes chillidos:

– Iiiii, uiii, jiiii...

– ¿Qué te pasa, Tina? – exclamó Bli, corriendo hacia la pequeñísima bruja.

– En mal día has venido, viejo amigo – contestó Tina sin detenerse.

– ¿Cuándo es un buen día? – alcanzó a preguntar Bli antes de que ella desapareciera en el bosque de hierbas.

– No lo sé, tal vez mañanaaa... Uiiiiii...

– Volveremos mañana, entonces.

Bli se dio vuelta para irse y tropezó con Arien que se había puesto muy cerca, a sus espaldas.

– ¿Qué te pasa, que estás temblando?

– No me gusta este paraje, señor Bli; está lleno de maldades que pinchan – murmuró al oído de su jefe.

– Es verdad, ya lo conversaremos.

Bli tomó a su ayudante del brazo y se alejaron en busca del lugar donde habían dejado el buque con las risas. Dieron muchas vueltas sin encontrar el pequeño carro, pero Bli no perdió su buen humor.

– Lo escondimos tan bien, que por eso no podemos encontrarlo – dijo entre risas algo nerviosas –; no te

preocupes, Arien, lo hallaremos; recuerdo muy bien el lugar donde lo dejamos tapado con hojas.



El afligido socio daba grandes suspiros y se metía en los lugares más emboscados pensando que allí estaría su carro. Pasó la tarde en una búsqueda inútil. Preocupado, Bli rió menos viendo que pronto sería de noche y ellos seguían metidos en un laberinto de ramas y hojas del que no encontraban la salida. A medida que oscurecía, empezaron a brillar a su alrededor pequeñas luces que giraban como polillas locas.

—Algo me pincha la espalda y los brazos —se quejó Arien.

—Son los elfos nocturnos —contestó Bli sin darle importancia.

—Pero... además me pellizcan la nariz y me tiran el pelo —gimió el pobre ayudante sin saber dónde esconderse para librarse del tormento.

—Tenemos que encontrar rápido un bosquecito de maquis*; los elfos se enredarán entre sus hojas, chupando las flores que les encantan.

—A mí me gustan los frutos negros —alcanzó a decir Arien y cayó al suelo como si le hubieran hecho una zancadilla.

Al mismo tiempo cayó Bli y esto fue demasiado para su dignidad. Del bolsillo de su chaqueta sacó una pequeña botella que llevaba para casos de gran peligro y la abrió agitándola a su alrededor.

—¡Tápate la nariz! —alcanzó a gritarle a su socio.

Un olor picante llenó el aire casi de inmediato y se oyeron sin parar toses y estornudos. También la nube del polvillo alcanzó a Arien, que no tuvo tiempo de taparse la nariz. Bli tomó del brazo al sufrido ayudante y, con instinto seguro, lo sacó de la nube de pimienta y lo guió hasta una especie de claro.

—No temas, no es veneno. Mañana buscaremos el barco, ahora nos vamos a casa a descansar —anunció.

Arien estornudó todavía un rato. Llegaron a la cabaña cerca de medianoche y luego de darse una buena ducha de rocío del que guardaba Bli para beber y bañarse cuando lo invitaban a fiestas, ambos cayeron en sus camas y se durmieron al instante. Ni sueños tuvieron, aliviados de pinchazos y porrazos por las purísimas gotas que Bli solía recoger al alba en la copa de las flores.

SONRISAS DE NIDOS

Si Blu y Bla no hubieran ido a visitar a Bli, ni él ni Arien habrían despertado hasta pasado el mediodía. Les costó abrir los ojos, pero los repetidos golpes en la puerta de la cabaña y los saludos de "¡Ea, ea!" terminaron por sacarlos de su profundo sueño. Arien abrió la puerta sin preguntar quién llamaba. Blu y Bla no conocían al muchacho y se asustaron al ver el desorden de su traje y su largo pelo.

—¿Acaso no vive aquí el señor Bli? —preguntó Blu con preocupación.

—Sí, sí vive —contestó Arien tartamudeando.

—Por favor, dígame que Blu y Bla quieren saludarlo. Hace tiempo que no nos vemos y... —dijo la pequeña mujer.

—...pasan cosas que nos preocupan —terminó Blu.

—El señor Bli está un poco dormido todavía, pero...

En eso se asomó Bli y al ver a sus amigos, despertó del todo y su cara se llenó de alegría, como siempre.

—¡Ea, ea! Pasen, amigos queridos. Les presento a mi socio y ayudante, Arien. Estuvimos muy ocupados ahora último y anoche corrimos algunas aventuras no muy simpáticas.

Bli contó lo que les había pasado al querer visitar a la bruja Tina y cómo habían perdido el carro donde llevaban las botellas de risa.

—Eso puede ser muy grave —exclamaron Bla y Blu.

—Puede ser, pero no será. Un poco de risa repartida en el bosque hará mucho bien —los tranquilizó Bli.

–Siempre que le toque a cada uno la risa adecuada
–interrumpió Arien con preocupación.

–Tomemos un buen desayuno para cobrar ánimo
–propuso Bli.

–Me parece bien, porque tenemos algo que contarte
–dijo Blu.

Se sentaron a la mesa y Arien fue a buscar en la despensa un sabroso pan de avellanas y un tarro con miel. Mientras comían, Blu hizo un breve relato de lo que les había sucedido:

–Hace dos días que ningún pájaro canta cerca de nuestra casa calabaza. Hemos llamado al amigo Piti, el tordo de las cien melodías, pero no aparece por ningún lado. Cuando se oscurece, sólo se oye la nota del Búho de medianoche.

–También desapareció la Mariposa Azul que me visitaba todas las mañanas –agregó Bla–; temo que le haya pasado algo.

–Muy raro, muy raro –opinó Bli–; habrá que investigarlo.

Apenas terminaron de comer, los cuatro salieron en busca del buque de Arien y las risas de Bli. A la luz de la mañana, los senderos se despejaron y hasta las piedras y raíces desaparecieron del camino. Recién entonces notaron que también había desaparecido la habitual bulla de pájaros y colmenas silvestres que forman parte de la música del bosque.

–Este silencio es preocupante; tenemos que averiguar a qué se debe –dijo Bli.

Encontraron el carro debajo de un montón de ramas y, por cierto, faltaban algunas botellas: las que contenían risas de ratón y de moscardones.

— Los gatos y las arañas anduvieron por aquí — adivinó Bli.

— Quiere decir que ya son clientes nuestros — rió Arien recogiendo y ordenando los frascos que habían caído al suelo.

— ¡Qué bonitos frascos azules! — exclamó Bla ayudando también a ordenar.

— Contienen risas de aires suaves y flores...

Bli no alcanzó a decir más, porque de los troncos cercanos brotaron unos ancianos altos, de barbas verdes. Algunos lloraban, otros tenían una expresión desganada o de dolor. El más viejo, que no era el más triste, murmuró con voz profunda:

— Soy el espíritu del Coihue*, el árbol más antiguo de este bosque; con tantos años que tengo, me duelen las raíces, pero no me canso de cantar y sonreír.

— No sabía que los árboles sonreían — comentó Bla.

— Yo tampoco — dijo Blu. Ambos se pusieron a imaginar cómo sería una sonrisa de ramas y hojas. Pero el buen espíritu del Coihue explicó:

— Nuestra sonrisa son los nidos de los pájaros, las telas de las arañas que se refugian en las arrugas de los troncos, los hongos que crecen a nuestros pies, también los miles de seres que dependen de nuestros frutos y flores.

Bli se oscureció por primera vez. — Lo más difícil es fabricar sonrisas de nidos. Creo que mi ciencia no alcanza para

tanto. Pero ¿qué ha pasado, espíritu del Coihue, que ya no tienes sonrisas?

—No sé, estimado Bli; desde hace varios días, ni zorzales ni tordos comen ya mis frutos, ni los picaflores hacen sus nidos entre mis ramas bajas. Tampoco vienen a habitar en mi tronco arañas ni mariposas.

Otros ancianos de los árboles unieron su reclamo al del Coihue:

—Nos duele la soledad de nuestras ramas y tal vez tenemos alguna grave enfermedad —murmuraron dejando caer hojas.

—Eso no lo creo, ustedes se ven saludables. Tendremos que aclarar este misterio —dijo Bli, recuperando de a poco su luz natural.

Regresaron a la cabaña con el buque intacto. Bla y Blu cambiaron una bolsa de piñones que traían, por un frasco de risas de flores y prometieron estar atentos a cualquier cosa extraña que pudiera explicar lo que sucedía a los árboles.

Bli decidió consultar a Tri-li, un extraño personaje mitad brujo y mitad elfo, como lo indicaba su nombre: "tri", por los tiritones que trasmitía su parte de brujo, y "li" por la frivolidad que caracterizaba su parte de hada. Era un caso único cuya historia comenzó cuando su madre, el hada Lilón, después de haber dormido gran parte del invierno bebiendo la savia del avellano donde tenía su palacio, despertó al llegar la primavera. Entonces se dio cuenta de que pronto iba a tener un bebé elfo, que es la manera como florecen las hadas. Decidió dar un paseo y contemplar los brotes de los árboles para que el elfo naciera hermoso y sin malicia. Sin querer se acercó demasiado al pantano donde

Trumao, el único brujo del bosque, no más grande que un ratón, tenía su palacio de barro. Lilón iba cantando entre las ramas; al oírla, Trumao salió furioso y lanzó al hada una maldición que cayó directo en el corazón del bebé elfo. Tri-li nació sin alas y con el corazón mezclado de buenas y malas intenciones.

Precisamente por esto Bli decidió hablar con él.

–Saldré a buscar a Tri-li –comunicó a Arien–. Hay que pronunciar su nombre en secreto y nunca se sabe dónde está: si debajo de una piedra o volando sobre un murciélago. Prefiero que no me acompañes, estimado socio, puede haber pinchazos como el otro día. Encárgate de las siguientes tareas: recoge rocío antes de que salga el sol; apenas quedan unas gotas con las duchas que nos dimos. Cuida la casa, cambia las hojas de las camas y si alguien quiere alguna risa, ya sabes cuál conviene recetar.

Fueron tantas las tareas que enumeró Bli, que Arien no alcanzó a preguntar cuánto tiempo estaría lejos. Su jefe se perdió rápidamente entre las matas, llevando sólo el misterioso mapa de los seres del bosque, algo de polvo picante como defensa por si cruzaba un campo de elfos y un frasco de sonrisa azucarada. Como le gustaba pensar en voz alta, decidió hacerlo en la lengua secreta de la Gente Pequeña, por si había espías en el camino. Entonces murmuró en tono de oración:

–*Gundru Foel Tri-li, emú soe an bune.* **(Fantástico Elfo Tri-li, quiero que hoy seas bueno.)**

Una risa tembló entre las hierbas y se alejó rápido hacia el río cercano. Bli se detuvo a escuchar y sonrió.

– *¡Tri-li anso bun nime!*
(Tri-li está de buen ánimo.)

Bli caminó con nuevas energías, antes de que Tri-li cambiara el humor, porque el carácter de un elfo con influencia de brujo varía más que el clima en la alta montaña. Pero no había que alegrarse demasiado, pues buen ánimo de brujo significa estar con ganas de hacer bromas pesadas al más cercano.

– *In Tri-li soe bun nime, su lofo per runin brumo.*
(Si Tri-li está de buen ánimo, se hallará cerca del arroyo del bosque.)

Así fue: Tri-li se estaba bañando en las pozas que suelen formarse entre las piedras a orillas del arroyo.

– Buenos días, Tri-li –saludó Bli más sonriente que nunca.

– Sí, sí, buenos –chilló el otro zambulléndose y apareciendo más lejos –; ¿qué venías murmurando allá en el bosque?

– ¡Oh, era tuya la risa que oí entre las hojas! Venía pensando en que eres un elfo maravilloso.

– Algo te preocupa, lo veo en tu nariz –gritó Tri-li, nadando hacia la orilla.

– Sí, vengo a consultarte, porque tú conoces todo lo que sucede en el reino de las hadas y en el de los brujos –contestó Bli sobándose sin querer la nariz.

– Bien; saldré del agua para escucharte –dijo el otro lanzando una ola que empapó a Bli.

Al llegar a la orilla, apareció Tri-li con su graciosa cara de elfo y su cuerpo de brujo cubierto de pelos.

– Disculpa, no pude dejar de hacerte una broma.

– Mm... – contestó Bli secándose la cara con la barba.

Ambos se sentaron sobre unas piedras, lo que significaba abrir la consulta.

– ¿Cuál es la preocupación? – preguntó Tri-li amablemente.

– Se trata de los árboles – alcanzó a decir Bli.

– Ya lo sé, no tienen sonrisas de nidos ni bulla de pájaros. Lo siento, no puedo ayudarte – gritó Tri-li mirando a Bli con súbito enojo.

– Pero ¿por qué no? – Bli casi perdió todas sus sonrisas, aun las de buena educación.

– Porque me aburrió lo que llaman el canto de las aves. Desde el amanecer es-



tán piando, graznando, gorjeando y me despiertan con su charlatanería. A mediodía es tanta la bulla que no puedo dormir la siesta. ¡Me vuelven loco!

Tri-li se transformó en un remolino de viento que levantó una desagradable nube de tierra y hojas, y

desapareció. Bli iba a empezar a enojarse por primera vez en su vida, lo que le impediría fabricar sonrisas, cuando cayó del cielo una gran sombra:

Piti, el tordo de las cien melodías, se detuvo, como un gigante, delante de la pequeña figura del anciano. Lo menos que esperaba Bli era que Piti tuviera algún problema, pero así ocurría.

— ¡Ea, ea! ¡Menos mal que te encontré, amigo Bli! Tú sabes que a los tordos nos gusta vivir en familias grandes, en grupos de quince aves, todas parientes y nos encantan ciertas frutas silvestres que crecen a orillas del arroyo del bosque; pero ya no podemos acercarnos a este lugar, a no ser de a uno.

— ¿Y quién impide que se acerque la bandada?
— preguntó Bli.

— Los pequeños elfos; ellos no nos dejan acercarnos al arroyo ni al bosquecillo de maquis. Nos disparan toda clase de cosas, hasta sus ropas y zuecos. Tampoco quieren vernos anidar en los coihues y menos en los robles. Alegan que somos muy bulliciosos.

— Sospecho quién es el que armó todo el asunto entre ustedes, los árboles y los elfos: ese personaje se fue furioso como un remolino infernal, gritando que no le gustaba el canto de las aves.

— Una sospecha es apenas la sombra de una rama. Anda, Bli, averigua si por ese lado encuentras al que no nos deja entrar al bosque.

— Iré y cambiaré una sonrisa por otra mejor.

— Ea, ea, buena suerte — cantó Piti tragándose una piedrecilla brillante.

Bli tomó el camino hacia el roble donde habitaba el Duende Cara de Palo. Entonces notó un olor a pantano que iba llenando el bosque.

—¡Uf, qué olor! Con Cara de Palo venceremos las dificultades que se presenten —suspiró el anciano, tocando el bolsillo donde traía el frasco de sonrisa azucarada.

Sabía que para vencer las dificultades iba a necesitar a todos sus amigos: Bla, Blu, Arien, tal vez un par de arañas andrajosas, y a Piti y sus bandadas. También a Tina, que había criado a Tri-li cuando su madre, la hermosa hada Lilón, lo lanzó desde lo alto del avellano para que aprendiera a volar. Bli se dirigió hacia el viejo roble con el mapa del bosque a mano; con mucha precaución evitó el terreno de los elfos y cambió varias veces de rumbo por si lo seguían, hasta que llegó sano y salvo a su destino.

—¡Ea, ea! ¿Hay alguien en casa? —preguntó al ver que la entrada al árbol estaba tapiada con ramas.

Nadie contestó. El silencio del bosque sin pájaros se hizo tan hondo, que a Bli se le heló un poco la sonrisa. Dio una vuelta en torno al tronco del roble pero no halló los atados de leña y hojas, ni huella del duende, y sí unos gusanos y moscas del pantano, lo que lo asustó aún más.

—¿Se habrá cambiado de casa mi amigo o andará visitando a sus parientes que trabajan en las minas de oro? —se preguntó Bli francamente alarmado.

Contaba con la ayuda de Cara de Palo. Volvió a llamar acercándose a la entrada

por si su amigo estuviera dormido. Ya perdía la esperanza, cuando saltó a sus pies una pequeña rana de Darwin*.

—Por favor, no grite. Mi amo, el señor del Roble, está enfermo —dijo con su voz aflautada.

—Perdón, ¿qué le sucede a mi buen amigo?

—Creo que está envenenado. Ayer encontró en el bosque una botella que zumbaba como si tuviera moscas y se tomó todo el contenido, diciendo que, sin duda, su amigo Bli se la había dejado de regalo. Desde ese momento no ha dejado de zumbar.

—¡Oh!, ¡qué desgracia, qué error!, se tomó una de las botellas que justamente ayer perdimos en el bosque, no lejos de aquí. Por suerte, como soy el fabricante, puedo sanarlo rápido. Pregúntale si puedo pasar.

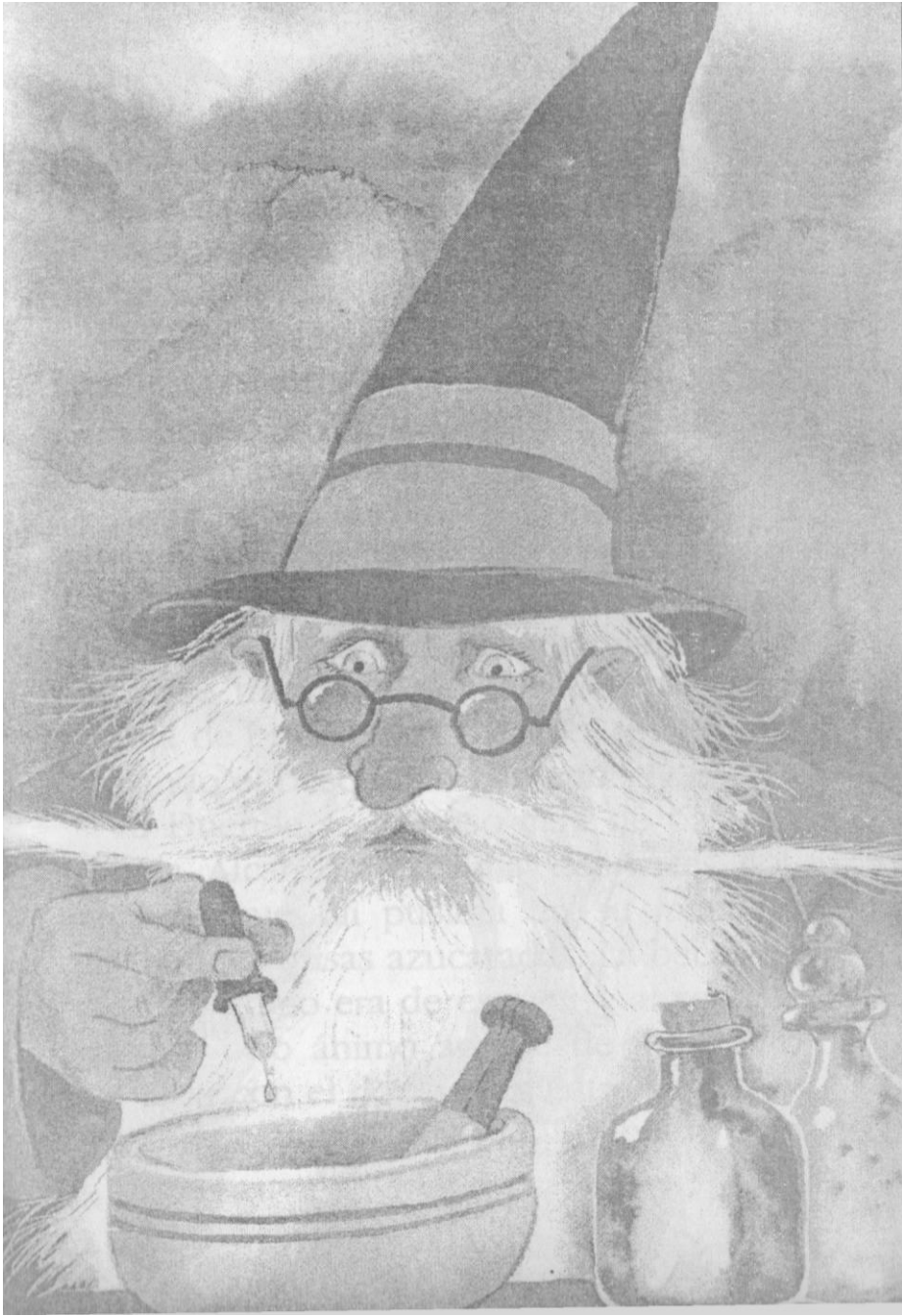
—Es que perdió el habla, sólo zumba y zumba como abejorro.

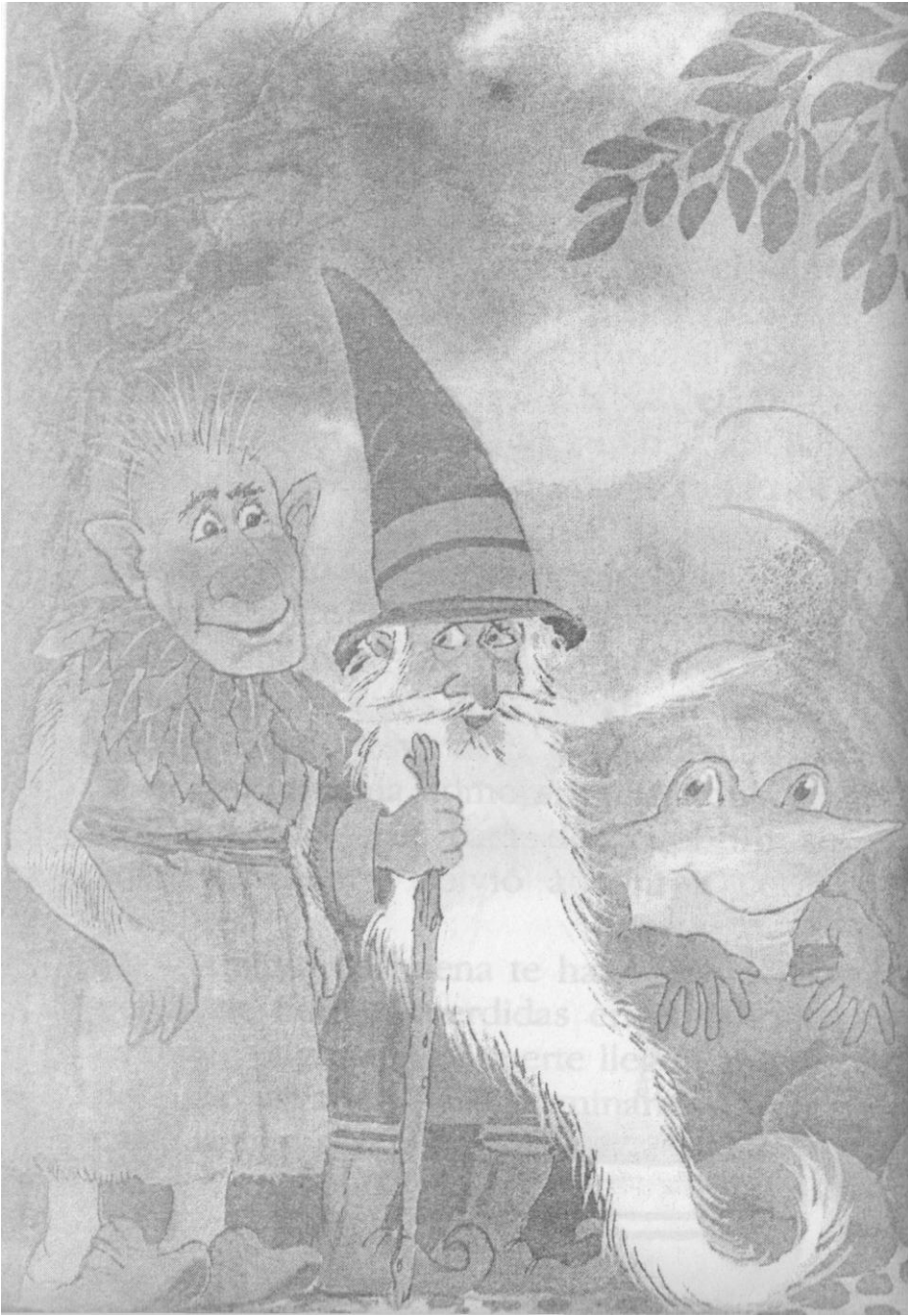
—Entonces entraré a ayudarlo. Conozco el antídoto —explicó con lenguaje de doctor.

No bien levantó la cortina de ramas, Bli sintió como si estuviera dentro de una colmena: los zumbidos estremecían la honda cavidad del árbol. Muy afligido corrió hasta el fondo donde el Duende tenía su dormitorio. El señor del Roble, tendido en la cama, temblaba de pies a cabeza; agotado de tanto zumbar, apenas abría los ojos. Bli, que nunca lloraba porque era creador de risas, sollozó al ver el grave estado de su querido amigo. Sin poder contener su pena, derramó grandes lagrimones sobre la frente del señor del Roble y varios más sobre su pecho. De inmediato éste dejó de zumbar y se sentó en la cama como

si recién hubiera despertado y ¡sin cara de palo! Bli se secó los ojos y volvió a sonreír como siempre.

– Amigo, de buena te has salvado. No bebas de botellas perdidas en el bosque, es muy peligroso. Por suerte llegué a tiempo para salvarte – dijo terminando de secarse la cara con la barba.





– No sabía que podías llorar, sólo que fabricabas risas.

– Es que la risa nace del llanto y el llanto de la risa, así como el día nace de la noche y la noche...

– ...del día, ya se sabe. ¿Cómo fue que viniste a visitarme?

– Bueno, señor del Roble, necesito unir tu poder al mío porque...

Aquí Bli se acercó a la enorme oreja del Duende y susurró:

– Pasa algo realmente grave. Tú y yo tenemos que hacer un encantamiento muy difícil. Se trata de Tri-li, el elfo que tiene sombra de brujo en su corazón. ¡Está transformando el bosque en pantano!

Al Duende se le puso cara de palo en seguida. Alcanzó a exclamar dos veces ¡no!, antes de que Bli pusiera en su mano la botella de sonrisas azucaradas. La bebió de un sorbo como era de esperar y al sentirse lleno de otro ánimo aceptó de inmediato colaborar con el doctor Bli. Entre susurro y cuchicheo, ambos tejieron un buen plan para salvar el bosque y transformar a Tri-li en un elfo sin sombra de brujerías.

– La mejor hora será la del mediodía – dijo Bli.

– Muy bien, al mediodía – contestó el Duende.

El lugar elegido se sabrá en un próximo capítulo, es decir, antes de mediodía.

LAS SENDAS PERDIDAS DEL BOSQUE

Cuando Bli salió del viejo roble, estaba cayendo la tarde. Se apresuró por los senderos, porque tenía mucho que hacer. Se dirigió de inmediato a su cabaña, donde Arien aún no terminaba las tareas que le había encargado.

—Deja de arreglar las hojas de las camas, muchacho, y ven a ayudarme con estas botellas.

Bli levantó la alfombra de hierbas, abrió la tapa de una trampa, bajó por una escalerilla y entregó al sorprendido Arien varias botellas cubiertas de polvo.

—Las guardo en el subterráneo porque contienen filtros peligrosos; por favor, no debes hablar con nadie, ni siquiera con mis mejores amigos, sobre este escondite.

Sólo tú lo sabes, porque eres mi socio —advirtió, cerrando la trampa y ocultándola en seguida con la alfombra.

Arien limpió las botellas y, al pasar, leyó los letreros: *runin, brumo, ronqui, collalla, murin, cunun*. "¡Qué nombres ¡tan raros!", pensó para sí.

Bli se puso unos anteojos azules y tomó el tazón donde preparaba sus mezclas de risas, y un gotario.

— Este filtro requiere buen pulso y una medida exacta. Por favor, Arien, termina tus tareas y no te acerques mientras trabajo — ordenó.

"Ese no es un trato de socio", pensó Arien con razón, obedeciendo de mala gana. Mientras esponjaba las hojas de las camas, no dejó de lanzar miradas curiosas hacia la mesa donde se afanaba el anciano. Oyó que Bli nombraba los frascos a medida que los tomaba:

— Cuatro gotas de *brumo*, tres de *collalla*, una de *ronqui*, siete de *murin*, cinco de *runin*, una de *cunun*... Tres veces siete da veintiuno. Mezclar bien... Con una gota bastará; dos gotas no le harán daño, pero tres, sería una catástrofe. Arien no aguantó la curiosidad: — ¿Qué significan los nombres de los frascos? — preguntó.

— Acércate, alguien puede estar escuchando.

Arien puso la oreja puntiaguda junto a la boca de Bli:

— *Brumo* significa aire del bosque; *collalla*, veneno de hormiga; *ronqui*, sonrisa de araña; *murin*, danza de mariposas; *runin*, agua del río y *cunun*, ¡acción! Nunca toques estos frascos ni bebas de ellos, porque tu memoria quedaría en blanco, igual que la de un ser recién concebido. Fabriqué un filtro único, en que sólo se borrará lo oscuro, mientras lo claro brillará potente; pero esta mezcla, escucha bien, sólo sirve para una persona determinada. A las demás, puede desequilibrarlas. Ahora, a guardar los frascos.

Volvieron a abrir la trampa y Arien guardó los frascos con gran cuidado. Cuando la alfombra estuvo de nuevo en su sitio, Bli lanzó un estornudo de alivio.

– Ya está. Pondré el filtro en la botella más pequeña.

Al llenarse, la botella tomó un color gris como de niebla liviana, esa que permite distinguir cosas a siete metros de distancia. Bli la alzó a contraluz:

– Un filtro científicamente calculado – comentó con satisfacción, guardándolo en la alacena bajo siete llaves.

Antes de salir advirtió a su socio: – Ese filtro es el más peligroso que he fabricado en toda mi vida. Vendré a buscarlo en el momento preciso. Custódialo muy bien.

– ¿Puedo ir contigo? – preguntó Arien. – No, por ahora no. Pero mientras tanto anda donde Blu y Bla y encárgales que avisen a Piti y sus bandadas que todos nos juntaremos mañana, a mediodía en punto, en el lugar donde nace el arroyo. Ni un segundo antes ni un minuto después.

Sin discutir, Arien partió corriendo a dar el recado antes de que oscureciera. Entonces Bli sacó de un arcón una malla tejida con fibras de maqui y se la metió al bolsillo.

– Creo que la necesitaré para conversar con Tina.

Antes de salir consultó el mapa de las sendas perdidas del bosque; así nadie seguiría sus pasos. Guardó el extremo de su barba en un bolsillo de su gabán para no enredarse en ella y partió con paso ligero.

Las sendas perdidas son las más secretas y bellas, y por suerte no había llegado hasta allí la invasión del pantano. Setas luminosas cuajadas de rocío guían al caminante y alumbran a los extraños habitantes de ese mundo: algunos no tienen ojos, sino largas y sensibles antenas; otros, en cambio, abren grandes ojos para suplir la ausencia de oídos. Bli avanzó en profundo silencio, inclinando levemente la cabeza ante los insectos de brillo metálico que lo observaban,

especié de contraseña en que se comprometían a no revelar la presencia del forastero. Caminó largo rato. Bli calculó que sería medianoche cuando el sendero empezó a oscurecerse; se apagaron las setas, desaparecieron las gotas de rocío y los raros insectos.

El anciano comprendió que llegaba al fin de la ruta; se puso entonces la malla de fibras de maqui y salió a la superficie del bosque, justo frente a la casa donde vivía la bruja Tina.

Con su capa protectora era imposible que lo reconocieran; nadie lo molestó, ni elfos ni arañas, como si fuera invisible. Junto a la puerta dormitaba el cururo* que cuidaba la casa y servía de transporte a Tina. Bli golpeó suavemente la puerta y la hoja giró en silencio, como si su dueña supiera que Bli iba en misión secreta. Adentro brillaba un brasero donde hervía una tetera cantarína. La bruja reposaba en una mecedora y no despertó hasta que Bli le tocó el brazo.

— ¡Oh! ¡Me dormí esperándote!



— ¿Cómo sabías que vendría esta noche?

– No lo sabía, en verdad, pero tenía urgencia de hablar contigo por el asunto de los árboles.

– ¿Será sobre lo mismo a que vengo yo?

– No lo sé. ¿Prometes guardar el secreto?

– Estoy atorado de secretos; pero sí, guardaré otro más.

– Los árboles están decaídos, no cantan los pájaros y si el bosque se seca, no quiero mudarme al pantano, aunque ahí vive mi hermano Trumao. Tampoco podré criar a los pequeños elfos...

– Di mejor malcriar, porque el causante de este desastre es uno de ellos – dijo Bli.

– Estás equivocado, el causante es un brujo, por eso el asunto es secreto.

– Supongo que puedes decirme su nombre.

Tina se acercó a la puntiaguda oreja de Bli:

– Creo que se trata de mi hermano Trumao, que vive echando ventoleras de tierra.

Bli movió la cabeza en señal de duda.

– No es Trumao, aunque no andas lejos, querida Tina. El que ha hecho todas estas maldades es tu ahijado, a quien tu hermano manchó de rabia el corazón cuando Lilón se paseaba cerca del pantano.

– ¿Tri-li? ¡No puede ser, es un buen muchacho!
– exclamó la bruja.

– Shshsh... No hables tan fuerte. Tú lo criaste a toda maña, Tina; comprendo que lo defiendas, pero tengo el testimonio de Piti, el tordo, y del duende Cara de Palo: ambos saben que Tri-li odia el canto de los pájaros, el vuelo

de las mariposas y las telas de araña. El pantano invade el bosque con sus criaturas viscosas, y si esta situación continúa, no te quedará sino vivir con tu hermano Trumao.

Tina se echó el delantal a la cara en señal de pena.

—Yo recibí a Tri-li en mis brazos cuando Lilón lo lanzó al aire desde el avellano. Desde entonces, Trumao no volvió a salir del pantano, de pura rabia. ¿Qué podemos hacer? Supongo que a Tri-li no le darán un castigo muy terrible, como aprisionarlo en un tronco hueco igual que al famoso Mago Merlín, o transformarlo en gusano.

—No, nada de eso. Acércate, para que conozcas nuestro plan.

Tina oyó con cara asustada lo que Bli le dijo al oído.

—Espero que sea lo mejor para mi querido ahijado
—susurró.

—Así será —afirmó el anciano—; no olvides que la cita es al mediodía.

Salió en seguida y se internó de nuevo en las sendas perdidas, porque faltaba lo más difícil del plan. Eligió un camino iluminado por luciérnagas; una de ellas lo reconoció y se instaló sobre su gorro, alumbrando el oscuro túnel a la manera de los mineros. Ciervos volantes* abrían y cerraban sus temibles mandíbulas, confundiendo al anciano con un rival. Él los apartaba con alguna palabra tranquilizadora. Al dar una vuelta, divisó, allá al fondo, una suave luz azul que parpadeaba haciendo señas. Bli no tardó en distinguir una delicada figura que le hacía reverencias y que decía con voz musical:

–Respetable anciano, soy Brilo, el elfo mensajero de Lilón. Ella te espera en el más añoso de los avellanos. Sigúeme, por favor.

Bli siguió confiadamente al luminoso elfo, no sin antes agradecer a la luciérnaga el haberle prestado su luz.

EL DUENDE DEL ROBLE VISITA A TRUMAO

Mientras Bli se dirigía al avellano donde lo esperaba Lilón, el Duende se encaminó a los pantanos, al palacio de barro donde vivía Trumao. Cara de Palo había anunciado su visita al brujo por medio de un gorrión mensajero. Sin duda, era otra de las partes difíciles del plan urdido con Bli.

–Espero encontrar a Trumao de buen humor. En todo caso, le traigo de regalo un frasco de buena voluntad mezclado con jugo de mandràgora que me dio el amigo Bli –suspiró el Duende, pensando que para el brujo se necesitaba mucho más que un frasco.

Meterse al pantano, aunque fuera por una buena causa, no le gustaba para nada al ordenado Cara de Palo; pero él era el único que tenía algo de poder sobre Trumao. Se había

puesto unas botas de hojas que le llegaban casi a la cintura, para tratar de no ensuciarse. Al centro del pantano, sobre una especie de islote, se elevaba el palacio de barro cubierto por musgos que disminuían su desagradable aspecto. Con un suspiro, el Duende dio el primer paso dentro del pantano y se hundió hasta el cuello. "¡¡Ufl!", bufó, tratando de que no le entrara barro a la boca. Con profunda repulsión avanzó hacia el islote, pero no pudo evitar que varias veces el barro le mojara hasta la nariz. Cuando llegó a la puerta del palacio se limpió como pudo, sacudiéndose y saltando. Sacó una botellita de risa azucarada, pero ni así pudo disimular su disgusto; creyó sonreír, pero sólo hacía una mueca de asco. Salieron a recibirlo dos monigotes de barro que lo saludaron lanzándole a la cara unas tortas de lodo refinado. Con voces enronquecidas dijeron:

—Nuestro amo, el gran Trumao, te da la bienvenida.



Cara de Palo casi se devolvió ahí mismo, pero aguantó y siguió a los monigotes hasta la sala donde lo esperaba Trumao sentado sobre un hongo venenoso.

–Te saludo, Duende del Roble –rebuznó el brujo alzando el pie izquierdo.

–Te correspondo –gruñó el Duende estirando la mano izquierda y haciendo el signo diabólico.

–¡Qué malo, qué malo! –rió Trumao, lo que significaba ¡qué bueno!–. ¡Traigan las bebidas! –ordenó en seguida, sin ofrecer asiento a la visita.

Los monigotes se presentaron con dos grandes vasos llenos de un líquido hirviente.

–Bebe este delicioso licor de ortigas con jugo de cuncuna* –ofreció dando otra patada en el suelo, salpicando lodo a su alrededor.

–Gracias –tartamudeó el Duende tomando el vaso y bebiendo con los ojos cerrados. A su vez, alargó a Trumao la botellita de buena voluntad que le había dado Bli.

–¿Qué brebaje es éste? –rebuznó el brujo.

–Finísimo filtro de mandràgora –carraspeó el Duende, sintiendo que la garganta le ardía después de tragar el licor de ortigas.

–¡Oh! Es algo muy raro de encontrar –rebuznó el brujo complacido, y se lo bebió de un trago.

Durante unos instantes Trumao permaneció inmóvil, con expresión de felicidad; pero en seguida cayó al suelo, brincando igual que un saltamontes y revolviendo los ojos como ruedecillas infernales.

El Duende se escondió detrás del hongo-trono del brujo hasta que Trumao cayó dormido. Cinco minutos después

abrió ojos normales y una especie de sonrisa curvó su boca; pero no sabía usar palabras de buena voluntad, y balbuceaba como recién nacido: "gu, gu, gu". Entonces Cara de Palo resolvió actuar:

—Tri-li, el elfo que tiene una mancha de brujo en el corazón, está haciendo mucho daño en el bosque; los árboles pueden secarse, porque no permite que los pájaros aniden en las ramas, ni se críen en los troncos arañas y mariposas. La causa es la mancha que tú le pusiste en el corazón. Los habitantes del gran Bosque pensamos que se le debe quitar ese brote oscuro. Sin embargo, necesitamos que estés de acuerdo, porque sólo tú tienes el poder de cortarlo.

Al terminar su discurso, el Duende del Roble tenía más cara de palo que nunca. Trumao apretó los labios, pero un poco de buena voluntad se los abrió y dijo brevemente:

—Si el hada Lilón viene a mi palacio y me promete que nunca más cantará cerca de mi pantano, acepto —dijo, cayendo en profundo sueño.

El Duende no demoró ni un segundo en salir del palacio barroso, atravesar el pantano y correr a bañarse al riachuelo del bosque. Bebió grandes sorbos y en seguida, mientras vestía su nuevo traje de tallos de enredaderas, llamó a la rana de Darwin para que avisara de inmediato a Bli el buen resultado de su misión.

—El anciano Bli debe estar saliendo de las Sendas Perdidas del bosque o tal vez esté llegando al palacio del hada Lilón. ¡Alcánzalo antes de que se encuentre con el hada!

La rana tenía dibujados todos los caminos del bosque en su pequeño cerebro verde, incluso las Sendas Perdidas y hacia estas últimas dirigió sus ágiles saltos.

CONVERSACIÓN EN EL AVELLANO

Guiado por Brilo, el elfo enviado por Li-lón, Bli salió de las Sendas Perdidas justo al pie del avellano. En eso, llegó la rana de Darwin, tan apresurada, que cayó de boca sobre el anciano mago, terminando ambos entre la hojarasca.

– Espera, tengo un recado de mi amo, el Duende del Roble – gritó atorándose.

– ¡Oh, es muy importante!

– Dice que si "ella" va al palacio barroso a decirle que acepta no cantar cerca del pantano, "él" cambiará el corazón de Tri-li – silbó al oído de Bli.

– Cara de Palo lo ha hecho muy bien; dile que no se olvide de la cita al mediodía. Gracias...

Pero la rana ya había partido. Brilo hizo unas señas luminosas para apresurar a Bli y ambos ascendieron por una escalerilla tallada en el tronco del avellano, hasta llegar al palacio de Lilón, que se abría entre las hojas más tupidas como una gran flor azul. Bli estiró sus ropas y se sacudió la barba para presentarse más ordenado ante la más refinada de las hadas del bosque. Entró en puntillas detrás del elfo, haciendo venias por si acaso, porque a las hadas les gusta aparecer de repente. Mientras trataba de pensar en cómo convencer a Lilón para que fuera al desagradable palacio donde habitaba Trumao, unas risas empezaron a seguirlo. Tanteó el bolsillo en que llevaba un pequeño frasco azul de sonrisas amistosas mezcladas con buena voluntad, muy necesario en momentos de firmar un tratado de paz. Las risas que celebraban su paso se hicieron más agudas —las hadas suelen ser casi siempre muy risueñas—, lo que aprovechó Bli para recoger los graciosos ecos en un caracol que había tenido la precaución de llevar. Estaba pensando en la conveniencia de regalar risas de hada a las personas sin imaginación, cuando se abrió frente a él una especie de pétalo y apareció el salón del hada.

El salón se veía pequeño y grande al mismo tiempo, tal era la proporción de murallas y techos de diferentes dimensiones. Cualquier visitante hubiera creído que estaba en un palacio de espejos, dispuestos de tal manera que el todo se reflejaba en cada parte: era imposible determinar dónde empezaba o acababa el entorno.

Lilón se encontraba de pie en el centro de un millón de pétalos de variados matices azules. Bli hizo una profunda reverencia y el hada inclinó varias veces la cabeza. En torno a

ella las paredes sedosas crujían levemente, como si estuviera rodeada de seres invisibles. Lilón indicó al anciano mago un asiento que se mecía suavemente como flor; ella se sentó en otro que se alzó del suelo. Una delicada mano surgió entre los cortinajes y ofreció a Bli una copa que se reflejó en rededor, de manera que no se sabía cuál era la verdadera. Lilón habló por primera vez:

– Si tomas la verdadera copa, tienes un punto a tu favor.

"Empezaron los típicos acertijos", pensó Bli. Pero cuando apareció la mano, él se había fijado muy bien en que la copa verdadera tenía un punto brillante que reflejaba la cara del hada.

– Es ésta – dijo con seguridad, tomando la delicada copa llena de la deliciosa bebida que da la felicidad.

Lilón sonrió, para no dejar ver su molestia por haber perdido. Bli, a su vez, le alargó el burbujeante frasco azul.

– Dos puntos a tu favor si las burbujas alegran tu corazón – fue el acertijo del anciano mago.

– Amistad y conformidad traerán la paz – cantó el hada anotándose los dos puntos que borraron en seguida su desagrado.

Después de beber los filtros, ambos empezaron la negociación, con la sonrisa en la cara y el corazón bien dispuesto.

– ¿Qué aire te ha traído hasta el avellano? – preguntó ella.

– Un aire de preocupación. Tu hijo Tri- li no se encuentra bien; la raíz de brujo que tiene en el corazón lo hace odiar los cantos de los pájaros, el vuelo de las mariposas y la presencia

de las arañas; no permite que estos seres habiten en el bosque y...

—Los árboles están sufriendo, he sentido en el aire el hedor a pantano; seres viscosos amenazan secar hasta mi avellano mágico —admitió Lilón—; pero no creo que Tri-li sea el causante.

—Si no me crees a mí, vuela hasta el arroyo, donde Piti, el tordo de las cien melodías, es el mejor testigo de lo que sucede.

—Oh, no dudo de tu palabra. Sin embargo, siempre es posible equivocarse al juzgar a los demás.

—Es verdad, pero en este caso tengo también el apoyo de los espíritus de los árboles, y del propio Tri-li, con quien me encontré a orillas del arroyo: se puso furioso cuando le hablé del problema, gritó que no soportaba la bulla de los pájaros y se transformó en un remolino infernal.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó el hada con sinceridad—. ¿Pero qué puedo hacer en este caso? No tengo poder sobre su raíz de brujo.

—Claro que lo tienes —afirmó Bli, con su mejor sonrisa, porque la parte peligrosa de la conversación había llegado.

—¿Cómo lo sabes?

—El Duende del Roble fue al pantano...

—¡Ah, visitó a Trumao! ¿Qué mentira dijo ése malvado?

—Dijo que aceptaba sacar la raíz oscura del corazón de Tri-li, si tú misma ibas a su palacio a prometerle que no volverías a cantar cerca del pantano.

—¡Qué ocurrencia más tonta! ¿Yo, ir al espantoso lugar que él llama su palacio? Perdería todas mis virtudes de hada.

Ya perdí algunas cuando me tocó con su mirada de brujo el día en que sin querer me acerqué al pantano; del susto que tuve, nació Tri-li con una mancha en su corazón. Sí, lo lancé del avellano creyendo que tenía alas, como los demás elfos, pero por su pesadez de brujo se azotó en el suelo. No lo hice con mala intención – se disculpó graciosamente.

Bli tuvo entonces la mejor idea de su vida:

– Te propongo que te encuentres con Trumao en un lugar en que ni él ni tú puedan ejercer sus virtudes.

– ¿Qué lugar tan raro es ése?

– El hueco del roble donde vive el duende Cara de Palo. Ahí, el único poder que existe es el del propio duende.

– Y ¿estará de acuerdo Cara de Palo?

– Sin duda que sí. En el bosque todos estamos preocupados por esta desagradable situación.

– Supongo que será una reunión secreta, no quiero que se sepa que he estado cerca del brujo.

– Absolutamente secreta – aseguró Bli.

– ¿A qué hora se efectuará?

– Al amanecer, antes de que brille el primer rayo de sol.

Habiendo llegado a un acuerdo, ambos hicieron profundas venias de despedida. Bli bajó por la escalerilla del avellano alumbrado por el elfo Brilo. Rápido, porque la noche iba pasando, corrió a comunicarle al soñoliento Cara de Palo que la reunión de Trumao y Lilón se realizaría en el roble.

– Oh, tendré que ponerme a ordenar, no siempre tengo visitas tan importantes y

peligrosas – dijo el duende con un poco de aflicción.

– Amigo, aquí tienes una botellita de buen ánimo que te aliviará de toda preocupación. Todavía me falta comunicar a Trumao que la cita es justo antes del amanecer. Enviaré el recado con el Buho de medianoche, a quien he sanado de sus pesadillas diurnas.

Al anciano le costó encontrar al Buho, porque a esas horas, las más oscuras de la noche, solía cazar cerca del pantano, precisamente. Lo encontró devorando su cena, una rata sin destino.

– Uh, uh, apenas termine de comer iré a dar tu recado al brujo – prometió.

Bli corrió en seguida hacia su cabaña con el tiempo justo para darse una breve ducha de rocío. Arien despertó al sentir a su socio y le comunicó que Blu, Bla, el tordo Piti y gran número de insectos estaban de acuerdo en reunirse a mediodía en el lugar donde nacía el arroyo.

Todo estaba preparado. Bli vistió su traje más oscuro para no llamar la atención,

bebió un dedal de rocío con miel y se sintió con fuerzas para asistir a la reunión secreta en el hueco del roble. Antes de partir, recomendó a Arien el mayor silencio sobre sus andanzas.

– Volveré solamente para recoger la botellita con el filtro. Entonces partiré contigo al encuentro del mediodía. "Vigila y calla" es la consigna.

– Así será – dijo Arien, cerrando la puerta de la cabaña con doble seguro.

LA REUNIÓN EN EL ROBLE

Cara de Palo no había terminado de ordenar su casa, cuando llegó el brujo Trumao, aferrado a las plumas del Buho de medianoche, al que había obligado a llevarlo hasta la reunión del roble. Estaba de mal humor, como era de esperarse, y sus pies llenaron de barro el lugar donde se detuvo. El Duende no dijo nada, por prudencia, pero dos cucarachas que solían hacer la limpieza se apresuraron a barrer discretamente el suelo.

– Veo que Lilón aún no ha llegado – rugió más que habló Trumao.

– Todavía es temprano y... – alcanzó a decir Cara de Palo, cuando, lanzando luces, entró Brilo, el elfo mensajero de Lilón.

– Mi señora está por llegar – anunció.

Un rumor de alas y sonido de flautas precedió al hada, que se acercaba en una nube rosada, con sus hadas de compañía. Un olor a flores recién abiertas llenó la habitación. Al sentir el perfume, el brujo puso cara de asco y lanzó un fuerte estornudo que empujó a las recién llegadas contra la pared. Por suerte en ese mismo instante entró Bli, que repartió sin demora risas y sonrisas a los asistentes. El Duende ofreció un fresco desayuno de rocío con gotas de buena voluntad en tazas de bellotas. Mientras bebían, Bli hizo de inmediato las dos preguntas que decidían la operación de Tri-li. Primero se dirigió a Trumao:

– En presencia del hada Lilón y sus damas, siendo testigo de este acuerdo el Duende Cara de Palo, ¿aceptas, poderoso brujo Trumao, que a Tri-li se le arranque del corazón la raíz oscura de tu enojo?

– Sí, acepto, siempre que Lilón cumpla su parte.

– Y tú, poderosa Lilón ¿estás de acuerdo en no volver a cantar cerca del pantano, para lograr que Tri-li se convierta en un elfo de buen corazón, como tú lo deseabas?

– Sí – contestó ella brevemente, ansiosa de alejarse del brujo.

Cara de Palo presentó entonces dos pequeñas hojas de coihue donde Trumao y Lilón echaron su aliento, que era su manera de firmar. La reunión terminó de inmediato y mientras Trumao voló al pantano montado en el Buho de medianoche, Lilón se dirigió con su corte de hadas a dar un

agradable paseo para olvidar para siempre al brujo y a Tri-li.

Nadie debe extrañarse de los sentimientos de las hadas hacia sus hijos, porque ellas son igual que flores: dejan caer sus frutos y semillas, y el viento y la lluvia se encargan de lo demás. Tampoco los elfos vuelven a recordar a las que fueron sus madres por casualidad, por un rayo de sol que cayó sobre ellas, o porque soñaron todo el invierno con la llegada de las flores. Hadas y elfos son eso, chispas que brillan en lo sombrío del bosque.

En el roble quedaron Cara de Palo y Bli, felices con el resultado de la reunión. La rana de Darwin, que se había escondido por temor a los poderosos visitantes, apareció en ese momento para celebrar también el buen resultado.

—Querido Duende, guarda estas hojas en tu arcón secreto por si el brujo se arrepiente de su buena acción —recomendó Bli antes de despedirse—. ¡No olvides nuestra cita del mediodía!

—Allí estaré puntualmente —contestó Cara de Palo dejándose caer en la cama para dormir un rato.

Bli emprendió el camino a su cabaña lleno de contento, sin sospechar el nuevo tropiezo que encontraría en el bosque.

CONFUSIÓN Y CLARIDAD

Al salir del roble, Bli advirtió que el bosque se deterioraba con una rapidez increíble. Las ramas caían lacias, el hedor se hacía insoportable y hasta las heladas culebras y las ratas huían de allí.

A poco andar, Bli se detuvo, mirando a su alrededor.

—Si no fuera malo jurar, lo haría. Estoy seguro de que por aquí estaba el sendero hacia la cabaña.

Bli buscó por un lado y otro el camino conocido, pero fue en vano; en vez de ir hacia la cabaña, se encontró cerca del Club de los Gatos Viejos.

—¡Qué raro! Parece que alguien hubiera dado vuelta el bosque.

Al decir esto una luz se hizo en su cabeza: ¡Tri-li, claro, él había confundido las señales! Había sospechado algo, seguramente, y quiso despistar con el poder que tienen los elfos de perder y confundir a la gente.

—Pero a mí no me confundirá —murmuró Bli.

Una de las maneras conocidas de deshacer un enredo creado por los elfos, consiste en ponerse los zapatos al revés. Así lo hizo Bli y mientras se cambiaba las babuchas puntudas de un pie al otro, creyó escuchar una risa entre las

hojas. No tuvo dudas de que Tri-li había girado los senderos; pero no fue suficiente cambiarse las babuchas: los caminos giraron de nuevo hacia otro lado. Lo peor habría sido molestarse, así que Bli se puso a reír con sus más alegres carcajadas mientras se ponía el calzado al derecho. Entonces hizo algo muy sencillo: cerró los ojos y avanzó hacia la dirección en que sabía estaba su cabaña. La ilusión creada por Tri-li desapareció y Bli no tardó en llegar a casa.

– Arien, tenemos que actuar rápido; Tri-li sospecha que estamos tramando algo – fue lo primero que dijo.

– Creo que pasó por aquí, porque alguien estuvo golpeando la puerta un buen rato, pero no le abrí – contestó Arien, ofreciendo a Bli un vaso de agua endulzada con miel para que repusiera sus fuerzas.

El anciano mago agradeció al socio su preocupación y luego de beber abrió la alacena con siete vueltas de llave, sacó la botellita con el filtro y la guardó en uno de sus bolsillos secretos.

– Vamos, Arien – urgió abriendo la puerta.

Ambos partieron a buen paso. Caminar no les impedía pensar; cuando iban por la mitad del sendero hacia el arroyo, Arien preguntó en voz baja:

– ¿Qué gusto tiene ese filtro?

Bli se detuvo en seco, con cara de espanto.

– ¡Olvidé ponerle buen gusto! Tengo que regresar a la cabaña donde guardo las esencias. Adelántate, muchacho, trataré de estar a la hora que fijamos.

Bli se devolvió a la carrera, pisándose la barba y tropezando de puro nervioso, mientras Arien continuaba su camino hacia el arroyo. Apenas llegó a la cabaña abrió la

alacena y miró la cantidad de frascos – unos llenos de risas, otros, de esencias de hierbas y raíces –, sin saber cuál elegir.

– A ver, a ver, ¿qué sabor preferirá Tri-li? De rosas no, su raíz de brujo rechaza lo perfumado; tampoco de frutillas* silvestres... Mm, tal vez un poco de natre*, cuya amargura complace a los seres oscuros y refresca la fiebre... Sí, una gota de natre es lo perfecto.

Agregó al filtro la gota que faltaba y partió a la carrera a través del bosque. Le esperaba otra sorpresa: en un recodo se encontró con el propio Tri-li, que parecía esperarlo en medio del sendero.

– ¿Por qué corres tanto, Bli? ¿Tienes algún plan secreto? Te veo trajinar mucho ahora último.

¿Qué contestar? El cerebro de Bli se paralizó por varios instantes. Mientras recobraba la tranquilidad para pensar, allá, junto al arroyo del bosque, iban reuniéndose todos los asistentes a la cita mágica del mediodía.

El tordo Piti bebía, entonando trinos banales, aunque su corazón de pájaro estaba lleno de expectación por lo que iba a ocurrir. Se moría de ganas de meterse bajo la piedra donde se ocultaban Bla y Blu y preguntarles si sabían en qué consistía el plan de Bli.

Los espíritus de los árboles no cesaban de suspirar como de costumbre: se trataba de no llamar la atención.

Tina tejía sentada en una rama, aparentemente tranquila, aunque su corazón temblaba de miedo por su querido Tri-li.

El Duende del Roble acechaba entre las hojas por si fuera necesario reforzar el efecto del filtro. Junto a él, la rana de Darwin había abierto un agujero en el suelo para esconderse si algo salía mal.

Arañas y mariposas se ocultaban entre las hierbas, esperando el momento de regresar al bosque. Todo estaba preparado. ¿Por qué Bli no llegaba aún, si hasta Arien se había instalado entre unas raíces, con algunas botellas de risas consoladoras bajo el brazo? Nadie sabía lo que podía pasar.

Entretanto, allá en el bosque, Bli abría y cerraba la boca frente a Tri-li; por fin, al cabo de unos momentos, su cerebro volvió a funcionar: no quería mentir al elfo, pero tampoco le podía revelar el plan, así que se puso el dedo en la boca en señal de silencio y sólo dijo:

— Pronto lo sabrás. Ven conmigo al arroyo.

La curiosidad era una de las debilidades de Tri-li y siguió a Bli haciendo toda clase de preguntas, lo que puso más nervioso al mago.

— No hagas preguntas, no puedo contarte lo que sucederá dentro de un rato, se echaría a perder un importante secreto. No te separes de mí porque tú serás el primero en conocer algo maravilloso.

Tri-li no quiso averiguar más y se fue pegado a Bli hasta que llegaron al arroyo. Al ver a Tina, el elfo corrió hacia ella:

— Seré el primero en conocer algo maravilloso — gritó con sonrisa radiante.

— ¡Qué bueno, hijito! — contestó ella, sintiendo que su corazón se estrujaba de pena.

— ¡Cállate, tordo! — chilló Tri-li al oír cantar a Piti.

El tordo desapareció en un segundo. Fue la señal que todos esperaban: Bli sacó el filtro de su bolsillo secreto y exclamó:

– He traído el filtro de las maravillas, para que se borre y desaparezca lo que nos disgusta y brille lo mejor de nuestro corazón.

– Prometiste que yo sería el primero – gritó Tri-li poniéndose de un salto junto a Bli.

– Acuérdate de dejar un poco a los demás – advirtió Bli.



– Todo para mí – chilló Tri-li bebiendo el frasco de un sorbo.

Una mueca malvada llenó la cara del elfo, para luego ir cambiando hasta transformarse en una sonrisa tranquila y brillante; pero lo más inesperado fue que los pelos que cubrían su cuerpo cayeron al suelo como un manto oscuro. En seguida, sus dientes, que eran afilados, se redondearon y le creció un par de alas transparentes en los omóplatos, que es donde las tienen las hadas y los elfos. Todos lanzaron un ¡OOOH! que dio la vuelta al bosque. Tina corrió hacia Tri-li y un elfo completamente cambiado cayó dormido en sus brazos murmurando:

– ¡Qué filtro tan maravillosooo!... Tri-li durmió varios días mientras la zona oscura se borraba de su cerebro y su corazón. Tina lo llevó a su casa como había hecho cuando cayó del avellano. Los pequeños elfos se portaron como nunca antes; ayudaron a la pequeña bruja en todo, aunque no dejaron de hacer algunos desórdenes, como dar vuelta un frasco de miel sobre el fuego de la cocina y perseguir a los gatos viejos con una lluvia de piedras. Cuando Tri-li despertó, su primera pregunta fue:

– ¿Por qué no cantan los pájaros en el bosque?

– Porque tienen miedo de los pequeños elfos –contestó Tina.

– Eso no puede ser, yo mismo iré a llamarlos para que llenen con sus trinos el aire y con sus nidos las ramas de los árboles.

Como ahora tenía alas revoloteó sembrando alegría por todo el bosque. La bruja Tina se admiró del cambio que había experimentado su protegido en tan poco tiempo.

– ¡Vengan!, ¡vamos a llamar a los pájaros! –gritó Tri-li a los pequeños elfos.

Acudieron igual que una nube de mosquitos y siguieron a su jefe sin extrañarse de que ahora las órdenes fueran todo lo contrario de las que había dado antes.

El hedor a pantano desapareció, los seres viscosos regresaron al límite que siempre tuvieron, es decir, el pantano volvió a ocupar su lugar acostumbrado.

Los espíritus de los árboles suspiraron con alivio, alzando sus ramas y agitándolas de felicidad. En el bosque nuevamente se escuchó el misterioso zumbido de la vida.

Bla y Blu invitaron a su casa calabaza a Bli y a su socio Arien; al Duende del Roble; a Tina y a Piti, el tordo de las cien melodías; y, por cierto, a Tri-li para celebrar su transformación. Con el tiempo hasta el nombre del elfo cambió: todos lo llamaron Tilí, porque ya no había divisiones en su alegre corazón.

El brujo Trumao se encerró en su castillo del pantano; desde entonces usó anteojos oscuros para no ver el brillo de las hadas y se puso tapones de barro en los oídos para no escucharlas.

Y en el añoso avellano, Lilón ha agregado una nueva sala a su palacio azul, aún más misteriosa que la de los espejos. En las noches suele volar por el bosque seguida por un séquito de elfos y luciérnagas, derramando luz y música. A veces Tilí la acompaña; pero ambos han olvidado por completo que son madre e hijo, lo que no es de extrañar, porque hadas y elfos no tienen corazón humano, sino vegetal, y sus hijos e hijas son como las semillas que vuelan por el aire, sin lazos sentimentales con quien les dio origen. Sin embargo, entre Lilón y Tilí hay un especial impulso de simpatía.

Bli y Arien tienen más éxito que nunca con su venta de risas y sonrisas de todos los colores. Han añadido la creación de risas de hadas, que guardan en conchas de caracol en vez de botellas.

Blu no deja de recargar cada año el frasco donde guarda el mágico rayo de sol, aunque ya no sufre de tristezas invernales ni de miedos; Bla tiene charlas un poco lateras con la Mariposa Azul y con sus vecinos, los seres del día y la noche, lo que significa que la vida ha vuelto a la normalidad. Lo

último que se ha sabido del matrimonio y de su casa calabaza, es que adoptaron un pequeño elfo algo inquieto, pero nunca tanto, que ilumina sus días y noches mejor que el frasco de sol.

El Duende del Roble ha puesto un taller de ropa hecha y zuecos de madera para vestir a los desordenados elfos.

Y hasta el Club de los Gatos Viejos ha adquirido un mejor aspecto después de que Arien arregló el techo con unos cuantos clavos.

Dicen que las épocas felices no tienen historia, por eso ésta termina aquí, esperando que alguna turbulencia vuelva a estremecer los ramajes del gran Bosque para contar nuevas aventuras de las tribus de la Pequeña Gente.

GLOSARIO

algarroba: fruto del algarrobo, árbol siempre verde. *choroy*: loro.

ciervo volante: insecto coleóptero. *coihue*: nombre araucano de un árbol de Chile y Argentina, que crece muy alto. Sus ramas son horizontales.

cuncuna: nombre que se da en Chile a la oruga. *cururo*: ratón campestre de color negro. *dihueñe*: nombre que se da en Chile a algunos

hongos que crecen en los árboles del sur. *frutilla*: fruta chilena, pequeña muy dulce. *natre*: arbusto chileno, cuyas hojas son muy amargas.

patagua- árbol chileno, muy frondoso, que produce flores blancas en forma de campanitas. *rana de Darwin*: pequeño batracio del sur de Chile, que cambia de color – verde, amarillo, café o gris –, según el lugar donde vive. Es distinto a todos los otros batracios del mundo porque después de que la hembra pone los huevos, el macho los ingiere y los mantiene durante casi tres semanas dentro de él y al fin expulsa las crías por la boca.

tamarugo: árbol chileno, parecido al algarrobo, que crece en el desierto nortino.

NOTA SOBRE LA AUTORA

Como "una mujer que tiene algo de hada", definió a Alicia Morel el poeta Braulio Arenas.

Y ella misma, en cierto modo, se reconoce inmersa en ese mundo donde reinan las hadas, los duendes, los elfos... "El elemento maravilloso y fantástico –declaraba en una entrevista– es algo inherente a mi forma de pensar. No es que evada la realidad, penetro en ella por esta vía. En mis cuentos para niños, realidad y fantasía se mezclan; porque la realidad suele ser fantástica y lo maravilloso resulta real."

En otra oportunidad, reafirmando esta misma idea, señaló: "Lo maravilloso nos hace entrar de manera más profunda e indolora en la realidad, que siempre nos sobrepasa con su complejidad infinita".

Alicia Morel nació en 1921 y fue la mayor de sus hermanos. Desde pequeña le contaron cuentos y más tarde se fascinó con los textos e ilustraciones de *El tesoro de la juventud*. Así comenzó a desarrollar la imaginación, y no es difícil adivinar la influencia de sus lecturas en su labor de escritora.

Cuando cumplió los dieciséis años, su padre le hizo un regalo que nunca hubiera imaginado: mandó a imprimir doscientos ejemplares con sus primeros intentos literarios, en un pequeño libro de poemas que se llamó *En el campo y la*

ciudad. Y en 1940 publicó *Juanilla, Juanillo y la abuela*, una novela infantil cuya acción transcurre en el Cajón del Maipo.

Los cuentos de la hormiguita Cantora y el duende Melodía nacieron en Radio Chilena, en 1954, como libretos para radioteatro y en 1956 fueron editados como libro.

A partir de 1968 y durante cuatro años, vivió en la ciudad de Valdivia, cuya maravillosa naturaleza inspiró y sigue inspirando muchos de sus relatos. Por lo demás esto no era nuevo en la personalidad y la obra de Alicia Morel. "Creo que es el personaje más importante —destacó en una entrevista, refiriéndose a la naturaleza—, al tiempo que agregaba: Desde niña me identifiqué con la naturaleza, con los árboles, los bosques, los animales que me salían al paso..."

De esta época data *El increíble mundo de Llanca*, obra que obtuvo un premio de la Asociación de Amigos del Libro. Además, por aquellos años conoció algunas leyendas mapuches, que más tarde se convirtieron en los *Cuentos araucanos. La gente de la tierra*, por los que recibió una distinción de la Municipalidad de Santiago.

Ambos libros —*El increíble mundo de Llanca* y *Cuentos araucanos. La gente de la tierra*— aparecieron incluidos en la Lista de Honor de **IBBY** (Organización Internacional para el Libro Juvenil).

También en los alrededores de Valdivia recogió de una fuente oral una serie de relatos auténticos que reunió en un libro bajo el título *Cuentos de la lluvia*.

A fines de los años 70, Marcela Paz invitó a Alicia Morel a escribir en conjunto *Perico trepa por Chile*, un notable proyecto ideado por la creadora de Papelucho.

Y entre muchas otras obras, tanto para adultos como para niños, el teatro infantil y los títeres, han sido otra faceta de esta autora, y para ellos creó *La flauta encantada*, publicada por Editorial Andrés Bello, y *Hagamos títeres*.

Para la autora son también de gran importancia las leyendas y mitos de América: "Son nuestros auténticos y originales cuentos de hadas". Por eso también ha recopilado las más diversas leyendas, algunas de las cuales aparecieron en

Cuentos y leyendas iberoamericanas y otras integraron el volumen *Leyendas bajo la Cruz del Sur*, editada bajo el sello Andrés Bello en 1996.

Siguiendo la inspiración de los relatos fantásticos que la acompañaron en su niñez, de todas las leyendas que ha ido conociendo a través de su vida y de todo lo maravilloso que sucede en la vida real, Alicia Morel ha seguido escribiendo: *La era del sueño*, *El viaje de los duendes al otro lado del mundo*, y ahora, la encantadora historia de *El fabricante de risas*.

SUGERENCIAS PARA UNA LECTURA CREATIVA

I. RECORDEMOS LA HISTORIA Y SUS PERSONAJES

1. ¿Qué te pareció la historia del fabricante de risas? ¿Qué fue lo que más te gustó de ella?
2. De los personajes que aparecen en ella, ¿a cuál prefieres? ¿Por qué?
3. Aquí tienes cuatro de los personajes de la historia. Debajo de cada uno de ellos aparecen palabras que pueden caracterizarlos. Elige la que en tu opinión le viene más a cada personaje.
a) Bli b) Arien c) Tri-li d) Lilón
-flojo -trabajador -burlón -misteriosa
 -ingenioso -triste -cambiante -graciosa -pensativo -chistoso -veloz -cariñosa
4. Y tú, ¿cómo eres? Piensa en algunas características de tu forma de ser, y prueba a describirte por escrito, como si estuvieras empezando tu diario de vida.
5. Une los personajes de la primera columna con sus hogares, que están en la segunda:
-Lilón -Bla y en el pantano -Cabaña
Blu -Trumao de hojas secas -El viejo
-Cara de Palo roble -Avellano -Casa
-Bli -Palacio calabaza
6. Si la autora te pide que dibujes a alguno de los personajes de este libro, ¿a cuál elegirías? ¿Cómo lo representarías? Elige a uno o dos y dibújalos con todos los detalles que se te ocurran. Piensa, por ejemplo, en los colores y la forma de la ropa con que los vestirías. Trata de no inspirarte en los dibujos del libro,, sino en tu propia imaginación.

7. En las últimas líneas de este relato leemos: "Dicen que las épocas felices no tienen historia, por eso ésta termina aquí, esperando que alguna turbulencia vuelva a estremecer los ramajes del bosque para contar nuevas aventuras de las tribus de la Pequeña Gente". ¿Sabes a qué se refiere la autora al hablar de "turbulencias"? Averigúalo y luego inventa una de esas "turbulencias" que altere la vida tranquila de la Pequeña Gente. Quizás puede ser una causada por Trumao... Imagina una nueva aventura en la que uno de los personajes consigue que vuelvan la paz y la alegría para todos.

En esta sopa de letras encontrarás 12 palabras relacionadas con esta historia. Hay personajes, lugares y dos de las palabras que aparecen en el título. Las encontrarás en forma horizontal, vertical y diagonal.

p	J	A	V	E	L	L	A	N	O	E
A	B	E	C	D	U	E	N	D	E	D
T	R	U	M	A	O	K	F	M	1	A
R	U	P	E	G	T	H	U	S	T	R
C	J	c	R	H	T	S	O	B	L	1
F	A	B	R	1	C	A	N	T	E	E
U	Ñ	C	O	P	E	L	F	O	S	N
R	E	O	B	P	A	Y	T	A	W	E
P	1	N	L	O	R	N	O	V	U	R
T	X	S	E	M	S	T	T	D	L	T
L	T	U	A	B	R	Q	W	A	N	P
G	O	K	N	S	L	A	U	Z	N	T
P	A	B	O	w	N	O	1	E	N	O

II. ¿QUÉ TE PARECE QUE PENSEMOS Y JUGUEMOS RECORRIENDO ALGUNOS
CAPÍTULOS DE LA HISTORIA?

Los tiritones de Blu

¿Por qué sentía Blu una tristeza tan grande que le venían tiritones?

2. ¿Podrías imitar los pequeños pasos de ganso de Bla? Juega con tus amigos y amigas a imitar pasos de otros animales o aves y traten de adivinar a cuál imita cada uno.

B. *El socio de Bli*

1. ¿Quién era y qué hacía Arien?
2. ¿Con qué pagaba sus compras la bruja? ¿De dónde venían sus elfos?
3. Imagínate que pudieras salir a vender con Arien cosas entretenidas como piñones y castañas calientes o risas en conserva. ¿Qué venderías tú? Dibújate con un barco como el de Arien y con los productos que vendes. Si decides vender risas en conserva, o algo por el estilo, ¿cómo lo dibujarías?
4. ¿Quiénes fueron los primeros clientes de Arien? ¿Recuerdas qué les vendió?

C. *Los pequeños elfos*

1. Cuando Bli y Arien fueron al bosque en busca de la bruja Tina, ¿recuerdas cómo se les perdió el barco? ¿Cuál de estas alternativas te parece verdadera?
2. Los elfos lo robaron para hacerles una broma pesada.
3. Lo habían escondido tan bien bajo las hojas que no lo podían encontrar.
4. El barco rodó por el piso resbaloso y cayó al arroyo.

D. *Sonrisas de nidos*

1. Tri-li era un elfo extraño, distinto a los otros. ¿Recuerdas qué tenía distinto y por qué era así?
2. ¿Quiénes impedían a los tordos acercarse al arroyo en bandada?
3. Seguramente, al leer esta historia has ido imaginando cómo es el lugar del bosque donde viven todos sus personajes. Recuerda que Bli llevaba un mapa para llegar al viejo roble. ¿Puedes dibujar el mapa del bosque? No olvides incluir la casa de Bli, la casa calabaza de Bla y Blu, el arroyo, la patagua donde vivía la bruja Tina, el avellano de Lilón, el viejo roble de Cara de Palo y el espantoso pantano de Trumao.

E. El Duende del Roble visita a Trumao

1. Recuerda la llegada del pobre Cara de Palo al palacio de Trumao. No parece que lo haya pasado muy bien. ¿Has estado alguna vez cerca de un pantano? ¿Qué tipo de olores y ruidos crees tú que se sentían en ese lugar?
2. ¿Cuál de las siguientes fue la condición que puso Trumao para cortar la mancha oscura del corazón de Tri-li?
 - a. Que el duende Cara de Palo se quedara a vivir en su islote y fuera su amigo.
 - b. Que Bli le entregara todos los secretos de sus conservas de risas.
 - c. Que el hada Lilón fuera a su palacio y le prometiera que nunca más cantarían cerca de sus pantanos.

F. Conversación en el avellano

1. ¿Recuerdas que Lilón le propuso un acertijo a Bli y éste, a su vez le propuso otro, y que ambos contestaron bien? Esos acertijos son un poco raros, pero quizás para la tribu de la Pequeña Gente son como nuestras adivinanzas. A ver si puedes contestar éstas:
 - a) Arca cerrada, de buen parecer. No hay carpintero que la pueda hacer.
 - b) Sin la tierra yo no vivo; sin aire y agua me muero; tengo hojas sin ser libro
y copa sin ser sombrero.

G. Confusión y claridad

1. ¿Por qué estaban nerviosos todos los seres del bosque?
2. ¿Qué le pasó a Tri-li cuando bebió el frasco de brebaje preparado por Bli? ¿Cómo crees tú que era ese brebaje? Recuerda que tenía gusto a na- tre... ¿Sabes qué es? Si no lo sabes, mira el Glosario.
3. ¿Quién cuidó de Tri-li cuando se durmió bajo el efecto del brebaje?
4. ¿Cómo cambió el bosque luego de la transformación de Tri-li a Tilí?

SOLUCIÓN

Sopa de letras

P	J	A	V	E	L	L	A	N	O	E
A	B	E	C							D
T	R	U	M	A	O	K	F	M	I	A
R	U	P	E	G	T	H	U	S	T	R
C	J	C	R	H	T	S	O	B	L	I
F	A	B	R	I	C	A	N	T	E	E
U	Ñ	C	O	P						N
R	E	O	B	P	A	Y	T	A	W	E
P	I	N	L	O	R	N	O	V	U	R
T	X	S	E	M	S	T	T	D	L	T
L	T	U	A	B	R	O	W	A	N	P
G	O	K	N	S	L	A	U	Z	N	T
P	A	B	O	W	N	O	I	E	N	O

Adivinanzas:

- a) La nuez.
- b) El árbol.